

**Suicidio y Rebelión: Análisis filosófico a la existencia humana a la luz de la filosofía
camusiana**

Jose Luis Arellano Rojas

Frank Nicolás Rey Gualdrón

Asesor

Pablo Felipe García Sánchez

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Artes y Ciencias Humanidades ECSAH

Filosofía

2023

Dedicatoria

A nuestras familias, por el apoyo incondicional y ser fuente de inspiración.

Resumen

El presente trabajo tiene como eje central de reflexión el pensamiento de Albert Camus, que responde a la búsqueda de evidencias para sustentar que el suicidio no es exclusivamente una problemática cultural y social, sino que ha de ser analizada como un problema filosófico, concerniente a la percepción consciente del absurdo, del increpante sin sentido de la vida, de la indiferencia del universo y de la experiencia ineludible de la muerte. La reflexión camusiana en el que circunscribe el suicidio es la filosofía existencial, dado que el problema radica no en el cuerpo sino en la conciencia del individuo fruto de la experiencia intransferible de su estar-en-el-mundo¹; de este modo la pregunta por el sentido, las situaciones extralímites de la existencia y la conciencia absurda, será en el recorrido que precede a la figura del hombre rebelde. Este último da respuesta a la pregunta ¿es el suicidio consecuente del despertar de la conciencia absurda? La respuesta es una negativa y en su lugar una obstinación por la vida aparece fruto de la actitud desafiante del hombre en rebelión.

Palabras clave: Suicidio, absurdo, rebelión, sentido, muerte, mundo, indiferencia, tedio, vida, existencia, responsabilidad, conciencia.

¹La expresión "*estar-en-el-mundo*" en el contexto de Martin Heidegger se refiere a la condición fundamental del ser humano de existir en un mundo compartido y estar inmerso en él. Según el filósofo, "*estar-en-el-mundo*" implica que nuestra existencia está íntimamente vinculada con el mundo en el que vivimos, y que somos seres que se encuentran en relación con otros y con el entorno en el que nos desenvolvemos. Esta expresión también implica que nuestra comprensión del ser está influenciada y determinada por el mundo en el que nos encontramos, y que nuestra identidad y sentido de pertenencia se desarrollan a través de nuestras interacciones y experiencias en ese mundo.

Abstract

The present work revolves around the central axis of reflection on the thought of Albert Camus, which seeks to provide evidence that suicide is not exclusively a cultural and social problem, but rather must be analyzed as a philosophical problem concerning the conscious perception of the absurd, the senseless and challenging nature of life, the indifference of the universe, and the inescapable experience of death. Camus' reflection on suicide is situated within existential philosophy, since the problem lies not in the body, but in the consciousness of the individual resulting from their unique experience of being-in-the-world. Thus, the question of meaning, the extreme situations of existence, and the absurd consciousness will be explored in the journey leading up to the figure of the rebellious man. This figure provides an answer to the question: "Is suicide the consequence of the awakening of absurd consciousness?" The answer is negative, and in its place, an obstinate commitment to life arises from the defiant attitude of the rebellious man.

Keywords: Suicide, absurdity, rebellion, meaning, death, world, indifference, boredom, life, existence, responsibility, consciousness.

Tabla de contenido

| | |
|---|----|
| Introducción | 7 |
| Planteamiento del problema | 13 |
| Justificación..... | 14 |
| Hipótesis..... | 15 |
| Objetivos... .. | 16 |
| Objetivo general... .. | 16 |
| Objetivos específicos..... | 16 |
| Marco teórico... .. | 17 |
| Metodología... .. | 25 |
| Atmósfera | 26 |
| Conceptualización | 26 |
| Abordaje sociológico..... | 27 |
| Abordaje psicológico..... | 28 |
| Abordaje en la ética cristiana | 30 |
| Filosofía existencial..... | 33 |
| El problema del nacimiento..... | 35 |
| Literatura maldita: ¿Jesús, suicidio o sacrificio?..... | 38 |
| Despertar existencial: del sentido a lo absurdo | 41 |
| La cuestión del sentido... .. | 42 |
| Situaciones límites de la existencia... .. | 45 |
| La conciencia de lo absurdo | 50 |
| Muerte y rebelión como posibilidad existencial | 56 |

| | |
|--|----|
| Tensión entre el individuo y su entorno... .. | 56 |
| Suicidio como referencia de la existencia absurda..... | 59 |
| El hombre rebelde: Sentimiento de culpa, pecado y rebelión | 61 |
| Conclusiones... .. | 72 |
| Referencias Bibliográficas | 74 |

Introducción

“No tenía ganas de existir, pero no podía evitarlo, eso es todo”
Jean Paul Sartre | La Náusea.

El hombre por naturaleza desea saber (Aristóteles, 2020) y ya desde la antigüedad mantiene una actitud de asombro ante el mundo y frente a sí mismo, por lo que tiene la sospecha de que nada existe simplemente porque sí, todo tiene una causa y razón que lo justifique y cuando no puede hallar esa razón emprende una búsqueda incasable hasta encontrar un punto de apoyo sobre el cual descansar. Dicha tarea es la que han asumido un sinnúmero de pensadores en la historia de la filosofía que van en búsqueda de la verdad. No obstante, resulta pertinente preguntarse en orden al conocimiento de esas causas y razones cuales resultan imprescindibles y urgentes de adquirir.

Ante este planteamiento y los diferentes intereses que pueden aparecer, el dramaturgo y filósofo francés Albert Camus, cuyo pensamiento es eje de este trabajo académico, plantea que la pregunta apremiante para la filosofía es “juzgar si la vida vale o no la pena vivirla” (Camus, 1985, p. 5) dando paso a la afirmación en relación con lo anterior, que el suicidio es el único problema filosófico verdaderamente serio. (Camus, 1895) Dado que el ser humano es un ser arrojado en el mundo y que dicho acontecer se reproduce sin su voluntad, éste se encuentra de frente con su realidad y se cuestiona por el sentido de su vida, pues cuando esta parece carecer del mismo, el mundo pierde su encanto y el hombre su capacidad de asombro ante lo que le rodea.

Lo anterior, Camus lo argumenta en contra de la diosa razón que dominó en el pensamiento cartesiano y se extendió a lo largo de toda la modernidad; Descartes buscaba un punto de apoyo y una certeza de la cual no se pudiese dudar y desde allí extraer todas las

consecuencias, dicho apoyo como sabemos, es la razón afirmando que “basta juzgar bien, para obrar bien” (Descartes, 2007, Pág. 61). Sin embargo, para Camus, el hombre antes de razonar aprende a vivir, antes de ser pensamiento es experiencia y carne, aun cuando la realidad le resulte inverosímil: “Adquirimos la costumbre de vivir antes que la de pensar. En la carrera que nos precipita cada día un poco más hacia la muerte, el cuerpo conserva una delantera irreparable”. (Camus, 1985, p. 7). La búsqueda del sentido se impone entonces como un imperativo ante la filosofía por encima de cualquier otra certeza, colocando a la inversa el interés de todo el pensamiento de la filosofía, pues de esto depende el resto.

En su recorrido -y el recorrido a lo largo y ancho de esta investigación monográfica-, afirma Camus, que el hombre se encuentra con lo irracional de la vida, lo paradójico, más aún, con lo absurdo, instaurando así una nueva corriente filosófica que abandera el sin sentido de la vida y la vana lucha por encontrarle un propósito a la existencia y los esfuerzos humanos. El despertar de la conciencia absurda y el desencanto del mundo es el punto de quiebre de quien no se quiere engañar a sí mismo, pero ¿qué hacer cuando se pierde el horizonte? ¿Cuándo el hastío por seguir permaneciendo entre los mortales aparece? Esta complejidad existencial se ha resuelto tradicionalmente bajo dos caminos, la renuncia y esperanza, la primera desde el fenómeno del suicidio biológico tan estigmatizado moral y socialmente; la segunda como un modo evasivo que pretende crear imaginarios metafísicos que puedan dar respuesta a lo incomprensible de la mente humana: “esperanza de otra vida que hay que <<merecer>>, o el engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima le dan sentido y la traicionan” (Camus, 1985, p.7). El autor ha de abordar ambas cuestiones, dando gran relevancia al suicidio, pero no para hacer de él una justificación de quienes levantan la mano sobre sí mismos, sino para desvelar una apología por la vida, la rebelión del hombre que se confronta con el absurdo. Pues el problema filosófico del suicidio,

aunque aparentemente se refiera a la muerte es paradójicamente una pregunta por la vida, no como concepto general y abarcable en una definición teórica, es decir, aquí no se cuestiona la vida como aquello que anima un cuerpo y que le permite hacer un proceso evolutivo biológico, sino a la vida como experiencia que exige una respuesta a la pregunta del por qué y el para qué de su devenir.

El suicidio en relación con el sentido de la vida se coloca entonces en el centro de la reflexión del filósofo francés, el propósito en la primera parte de este trabajo será realizar un análisis hermenéutico de su postura, aislando en lo posible el suicidio de los innumerables análisis sociológicos, morales, religiosos y psicológicos que han tratado de dar explicación a las causas de este fenómeno. De lo que se trata aquí, es de abordar el fenómeno en sí mismo, a secas, dándole voz a la filosofía existencial. En este contexto Ocampo (2017) se pregunta: ¿Por qué el tema del suicidio importa a la filosofía en una sociedad medicalizada y farmacodependiente como la nuestra? A lo que responde que:

si bien puede parecer muy fuerte el término farmacodependiente, no se podría negar que, en nuestra época, hemos llegado a creer que todo aquello considerado una patología, anormalidad o cosa que se le parezca, tiene una explicación en la carne y una solución en las combinaciones de sustancias químicas. Es decir, todo padecimiento se reduce a desbalances químicos y toda solución radica en encontrar aquellas sustancias químicas que regresan el equilibrio. (p. 149)

No se trata de invalidar la medicina psiquiátrica y los procesos psicológicos, sino de desligar el suicidio y colocarlo en el plano existencial de la filosofía, puesto que “comenzar a pensar es comenzar a estar minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano se halla en el corazón del hombre y en él hay que buscarlo” (Camus, 1985, p. 3). De este modo se logra un doble cometido: abordar el fenómeno del suicidio en su estado más

original y desestigmatizar al suicida como un enfermo que debe ser tratado en clínicas de reposo, como cual máquina ha resultado defectuosa y requiere reiniciarse.

Ahora bien, la actitud suicida no solo ha sido marginada de la socialmente, puesto que en el ámbito religioso se ha repudiado a lo largo de la historia radicalmente, tal es la condena que se le impone al suicida o a quien ha pensado en dar el salto, que hasta hace pocos años no podían ser sepultados dentro de los cementerios locales de las ciudades y mucho menos dentro de los que tenían administración eclesiástica. Para la religión, los suicidas van al infierno por haberse negado al don inconmensurable de la vida, pero ¿no es esta misma la que acarrea el sufrimiento del hombre? ¿acaso no es suficiente el infierno del que vienen aquellos a quienes les pesa la existencia, que se les crea un lugar de tormentos para que pasen allí el resto de la eternidad? Cioran (1998) afirma que el inconveniente puede que no esté en la muerte, sino en el nacimiento de tal modo que la religión ignora por completo que la vida se inscribe en el campo de lo irracional y que no se puede justificar a razón de una divinidad negando tal realidad para simplificar la vida y dotar de un sentido metafísico el sufrimiento humano: “¿Qué es una crucifixión única comparada con la cotidiana que sobrelleva quien padece de insomnio?”. (p.17)

En consecuencia, habría que pensar que Dios se silencia frente al dolor del hombre y permanece indiferente, incluso, aun cuando todo ocurra bajo su voluntad a cambio de recibir la corona de la eternidad, no es posible entonces pensar a un Dios misericordioso que se sacia en sufrimiento humano mientras puede hacer algo para salvarle. ¿Cuántos son aquellos que matan o aceptan la muerte de manera voluntaria a causa de la idea de Dios? Precisamente “lo que constituye una buena causa para vivir, es también entonces una razón para morir”. (Camus, 1985, p.5) La idea de que Dios es silencio y causa de muerte voluntaria y justificada, es analizada en José Saramago en su novela *El evangelio según Jesucristo*, relatando la tragedia

de un Jesús como personaje histórico que vive un drama existencial en la búsqueda del sentido y función de su existencia a los ojos de Dios; dicho relato permite el diálogo que abre paso al debate si la muerte de Jesús como entrega puede ser contada a la vez como un suicidio, levantando así la condena de quien opta por el aniquilamiento voluntario.

Las anteriores reflexiones se inscriben a partir de la necesidad de analizar el suicidio y el sentido existencial, de lo que se ocupará la segunda y tercera parte de este trabajo, y dado que en muchas ocasiones se ha establecido una relación estrecha entre estas dos variantes, la literatura camusiana permitirá dislocar esa necesidad convirtiéndola en mera contingencia de tal modo que el absurdo y lo irracional de la existencia no son la enfermedad mortal que necesariamente termina en la muerte, sino que paradójicamente este trabajo se sitúa en una apología por la vida, como rebelión de hombres que con conciencia de absurdo se levantan con actitud desafiante abriéndose paso frente al espesor de la realidad que les ocupa.

En consecuencia, de esto y atendiendo a la premisa camusiana de que “no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio”. (Camus, 1985, p. 5) se ha emprendido este esfuerzo académico, pues la especulación de la filosofía no ha de quedar en letra muerta, si no que aterriza en la realidad del hombre, la confronta, la revoluciona y la transforma.

Así las cosas, el corpus de la presente monografía se divide en tres capítulos. En el primero, titulado *Atmósfera*, se hace un acercamiento de la problemática del suicidio, incluyendo una breve revisión conceptual de los temas propuestos. El segundo, bajo el nombre *Despertar existencial: del sentido a lo absurdo*, describe la concepción del suicidio en Camus; a partir de la comprensión del drama existencial de quien busca un propósito y se encuentra con la indiferencia y lo irrazonable de la existencia misma y el mundo. El tercero, *Muerte y rebelión como posibilidad existencial*, se centra en el análisis de los conceptos en los que se

sustenta la investigación, asumiendo los temas persistentes en la obra (la muerte, el absurdo, la rebelión, la indiferencia, el sentido) partiendo de un enfoque filosófico. De igual manera se menciona que para la presente investigación, se usó como fuente primaria fundamental la edición del Mito de Sísifo de Albert Camus del año 1985 de la editorial Alianza.

Planteamiento del problema

El suicidio es un tema que ha sido abordado por filósofos, psicólogos y sociólogos en distintas épocas de la historia. Aunque se ha avanzado en la comprensión de las causas y las consecuencias de esta acción, sigue siendo un problema inquietante para la sociedad actual debido a su alta incidencia.

Consecuentemente, este trabajo de investigación filosófica, parte del hecho fundamental referido a la innegable permanencia del suicidio como un problema filosófico, situándose más allá de las discusiones morales, sociales o psicológicas. Sin embargo, resulta imprescindible, teniendo en cuenta, la naturaleza de esta realidad, tener en cuenta las perspectivas de cómo aquella se fórmula, desarrolla y fundamenta en nuestros días. Pues, evidentemente, los problemas evolucionan según las circunstancias y es necesario a partir de estas últimas tratar de comprender su influencia en el pensamiento filosófico del hombre de hoy.

Así pues, se reconoce que, es fundamental no dejar de abordar el suicidio como un problema de la filosofía existencial que interpela al concreto en lo más profundo de su conciencia. Si sucede lo contrario; si se deja de situar en los parámetros abstractos y conceptuales, queda reducido a un simple dato sociológico y demográfico. Cosa que, no es conveniente, ni justificable.

Por ende, esta sustentación exige poder aclarar si: ¿Es el sentido de la vida, en el fondo, el impedimento para no acabar con la vida misma? Y Si no hubiese sentido, ¿El suicidio la vía más coherente para dar solución a la existencia humana? Estas cuestiones confirman la necesidad de abordar el suicidio como un problema filosófico y de seguir analizando su naturaleza en profundidad.

Justificación

En el año 2021 según el reporte de la subdirección de servicios forenses en Colombia ante año 2021 el número de personas que decidieron quitarse la vida fue de 2,595, mientras que en el año siguiente su número aumentó a 2.835, en términos estadísticos entre estos dos años se presentó un incremento de 9,25% , esto, sin contar aquellas que llegan a las clínicas de reposo y hospitales psiquiátricos con ideación o intento suicida. Estos datos apenas necesarios son los que han motivado y justifican hoy la investigación de esta monografía, ya que son muchas las personas en la actualidad por situaciones límites externas e internas -sociales, familiares, afectivas, etc- cuestionan su existencia.

La situación que se describe en números y porcentajes, son sin duda el reflejo abstracto de lo que en medio de las comunidades es una realidad palpable y que interpela no sólo a la víctima de este fenómeno, sino que además hace mella en quienes comparten su entorno. Evidentemente, el suicidio es un problema social innegable como lo evidencian los estudios demográficos. Pero sus causas no solo han de ser abordadas por las políticas públicas que procuran el orden social. Este fenómeno es también una problemática de la existencia misma y, como la filosofía no es desencarnada de la vida, sino que parte de ella misma, es una obligación intelectual -en virtud de la humana capacidad racional- abordarle desde las categorías filosóficas. Convicción de la que se parte para la realización de esta investigación.

Esto se debe a que el suicidio como fenómeno antropológico es consecuente con una de las experiencias de mayor interés filosófico y religioso: la muerte. Dado que, sólo en el reconocimiento de la constitución ontológica del hombre como ser-para la muerte, se puede determinar el carácter etiológico y teleológico de la voluntad que decide y procura el fin de su existencia con el suicidio.

Hipótesis

El sentido de la vida no necesariamente es un impedimento para no acabar con la vida misma, sino que puede ser una fuente de motivación y esperanza para encontrar respuestas y sentido en situaciones de crisis existencial. Sin embargo, en ausencia de sentido, el suicidio puede parecer la vía más coherente para acabar con el sufrimiento y el dolor, pero esto podría ser una respuesta limitada y superficial que no aborda de manera integral la complejidad de la existencia humana.

Objetivos

Objetivo General

Analizar la cuestión del sentido existencial y su relación consecuente con el suicidio a la luz de la filosofía camusiana.

Objetivos específicos

Examinar las diferentes perspectivas en que se aborda el suicidio: sociología, psicología, moral cristiana y literatura.

Plantear la problemática del suicidio a través de la percepción consciente del absurdo, de la muerte y del sin sentido de la vida, en Albert Camus.

Analizar la figura del hombre rebelde como respuesta a la indiferencia del mundo y el sin sentido de la vida.

Marco teórico

Teniendo en cuenta que el suicidio ha sido no solo un problema social, sino también filosófico, hay consultas, revisiones e investigaciones realizadas previamente y que abordan dicho tema con gran solicitud. A continuación, se relacionan los siguientes referentes

La palabra Suicidio viene de dos términos del latín: suicidium, Sui (a sí) y Cidium (acto de matar). El fenómeno suicida comprende la ideación suicida (pensamiento) y el acto suicida en sí, esto es, suicidios fallidos y suicidios consumados (Carrasco, s.f.). Ahora bien, para la Organización Mundial de la Salud en 1976, define al suicidio como “todo acto por el que un individuo se causa a sí mismo una lesión, o un daño, con un grado variable de la intención de morir, cualquiera sea el grado de intención letal o de conocimiento del verdadero móvil”, pues esta definición incluye un conocimiento tanto de la acción como del resultado de la misma, como el consentimiento de librarse de la situación límite en la que se encuentra el hombre, esto es, la opción por un bien que parece mayor en determinado momento. (Martínez, 2012)

En la psicología, se entiende por suicidio todo acto u omisión de este, realizado voluntariamente con el propósito de dejar de existir, es decir, de quitarse la vida. Generalmente la persona que decide suicidarse tiende a estar pasando por un período de profundo sufrimiento vital en diferentes aspectos importantes de su vida, sin poder hacerle frente y estando en un estado de desesperación en el que la única salida que pueden ver es la muerte. (Mimenza, s.f.)

Para la perspectiva teológica, el suicidio es la muerte que uno se inflige voluntariamente a sí mismo debido a un rechazo radical de la vida. Revela una situación de crisis social, pero también ética y religiosa del hombre. La mayor parte de los suicidios obedece actualmente a una

restricción patológica de la conciencia psíquica (depresión), para la que las dificultades, incluso objetivamente no graves, dan la impresión de ser catastróficas.

Esta amenaza de la existencia no puede superarse normalmente sobre la base solamente de la fe, sino que requiere la ayuda de la psicoterapia. Los fuertes condicionamientos propios de nuestra sociedad ponen muchas veces al individuo en la imposibilidad de autor realizarse. Para quien no sabe captar su relación con el Absoluto, frente al cual toda vida adquiere un significado, la alternativa dramática puede ser la de encontrar la única posibilidad de autoafirmación en el gesto suicida. Esto revela cruelmente nuestro desorden social y crea un profundo sentido de desconcierto. Esta situación es precisamente la que suscita desde un punto de vista teórico el problema del derecho al suicidio, y desde un punto de vista práctico el nacimiento de una serie de movimientos que defienden este derecho (Luciano, 1995) En esto se aclara que es distinto del suicidio la renuncia voluntaria a la vida por amor al prójimo o la exposición a un riesgo calculado de la propia vida. Pues esta auto donación es un acto heroico, que trasciende toda valoración moral y que sólo puede comprenderse pensando en el ejemplo de Jesús.

Vale ahora analizar el suicidio desde la filosofía misma. El diccionario de filosofía José Ferrater Mora, responde: “el que se mata a sí mismo, el que se despoja violentamente de la vida que el destino le ha fijado.” (Ferrater, 1986, p. 3162) contiguamente a la respuesta se explana una breve historia de lo que han dicho algunos pensadores sobre este auto-acabose, unos en contra y otros a favor; no es el punto central plasmar el pensamiento de los antiguos sobre este tema, pero es relevante saber un poco.

El filósofo clásico, Platón, dice: el “que se suicida sin que el destino le haya impuesto una vergüenza completa que haga la vida imposible; para evitar semejante vergüenza, la violencia contra sí mismo es admisible.” (Ferrater, 1986, p. 3162) por otra parte Aristóteles en la *Ética a*

Nicómaco (III, 7, 116 A 10-14) escribe: “el que voluntariamente se da a sí mismo la muerte procede de un modo opuesto a la justa ley de la vida y obra, por tanto, injustamente; no se trata, sin embargo, de una injusticia contra sí mismo sino contra la polis”.

Representando a los pensadores cristianos, San Agustín de Hipona y Santo Tomás. Agustín escribe en *De civitate Dei* (I, XVII): “Qui se ipsum occidit homicida est.” (El que se mata a sí mismo es un homicida.) Es decir, al hombre que termine con su misma vida, debe equipararse como un crimen de homicidio; pues atenta contra algo que no es suyo, la vida. Así mismo afirma el obispo de Hipona: “el suicidio es un acto contra la naturaleza, y contraviene el amor natural que cada uno siente por sí mismo.” (Ferrater, 1986, p. 3162) Por otro lado, Kant, en *La Metafísica de las costumbres* (I, 1, §6) se opone al suicidio, pues chocaría con la dignidad suprema de la persona. Es decir, *la persona está obligada a conservar su propia vida*. (Ferrater, 1986, p. 3162)

Se ve entonces que este acto de quitarse la vida ha permanecido en la historia del hombre. A veces con prohibiciones legales, otras cuantas con sanciones religiosas y otros aprobando el suicidio. Hoy por hoy, cuantas personas, familiares, amigos y conocidos, no habrán pensado por un instante en quitarse la vida. Este escrito no pretende solucionar la problemática, sino precisamente analizar la misma, desde un punto de vista legítimamente válido.

El suicidio como problema filosófico.

Para Albert Camus, el suicidio no solo es uno de los problemas filosóficos más apremiantes, sino que es el primero y verdadero problema abordable por esta Meta-ciencia. Pues tener la capacidad racional de reflexionar: si la vida tiene o no un sentido, es una de las búsquedas existenciales más propias y significativas de la realidad humana.

Esto se debe a que el suicidio como fenómeno antropológico es consecuente con una de las experiencias de mayor interés filosófico y religioso, y como lo plantea Augusto Jorge Cury (2001): “la muerte. El más antinatural de los fenómenos naturales.” (p. 41) Dado que, sólo en el reconocimiento de la constitución ontológica del hombre como ser-para la muerte, se puede determinar el carácter etiológico y teleológico de la voluntad que decide y procura el fin de su existencia temporal con el suicidio. En consecuencia, a partir de una mirada objetiva de la realidad humana y de la actualidad del tema tratado en cuestión, es totalmente sustentable el objetivo de este trabajo monográfico: analizar filosóficamente el suicidio desde el pensamiento de Albert Camus, para determinar los puntos de convergencia entre los principios existenciales y racionales de su ejecución y la realidad pragmática de una sociedad que, ante el absurdo y la ausencia de sentido, elige al suicidio como la solución más “razonable” en medio de un mundo aparentemente “desrazonable” de cara al drama de la limitada vida humana.

El problema filosófico del suicidio, aunque aparentemente se refiera a la muerte es paradójicamente una pregunta por la vida, no como concepto general y abarcable en una definición teórica, es decir, aquí no se cuestiona la vida como aquello que anima un cuerpo y que le permite hacer un proceso evolutivo biológico, sino a la vida como experiencia que exige una respuesta a la pregunta del por qué y el para qué de su devenir.

En este contexto Ocampo (2017) se pregunta: ¿Por qué el tema del suicidio importa a la filosofía en una sociedad medicalizada y farmacodependiente como la nuestra? A lo que responde que:

si bien puede parecer muy fuerte el término farmacodependiente, no se podría negar que en nuestra época, hemos llegado a creer que todo aquello considerado una patología, anormalidad o cosa que se le parezca, tiene una explicación en la carne y una

solución en las combinaciones de sustancias químicas. Es decir, todo padecimiento se reduce a desbalances químicos y toda solución radica en encontrar aquellas sustancias químicas que regresan el equilibrio. (p. 149)

Esto no quiere decir que se pretenda ridiculizar a la medicina psiquiátrica y sus procesos científicos en toda su validez, sino que el objetivo aquí es demostrar que la filosofía tiene lugar en la discusión sobre el suicidio aunque muchos la hayan devaluado y señalado como “mera palabrería ya que no trata con “hechos observables”, para nada ligado al mundo de los fenómenos empíricos, [y que] no se trata de otra cosa sino de meras especulaciones vacías, semejantes a las disputas extra-físicas tendientes a dirimir cuestiones retóricas, poco útiles y prácticas para la vida”. (Ocampo, 2017, p. 151) Ciertamente la medicina se ve limitada a las preguntas del hombre por su existencia, esas que brota de la experiencia de ese estar- en-el-mundo, de su vida como proyecto enfrentado a las diferentes situaciones irrazonables y extralimites de la misma. En este punto el filósofo francés Albert Camus lanza su grito como un imperativo a toda la historia de la filosofía, postulando al suicidio como el problema verdaderamente serio de todo el ejercicio filosófico, sobre esto dice: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.” (Camus, 1985, p. 4) Con esto el filósofo es claro y preciso, su postulado no divaga en supuestos o posibles al sentenciar como verdadero problema de reflexión filosófica el fenómeno del suicidio. Aunque Camus no se declara así mismo como existencialista, su idea de suicidio interpela la existencia de todos los hombres y mujeres que existirán en pos de él, su reflexión hace eco en las paredes de las décadas posteriores hasta nuestro tiempo.

Ahora bien, la manera en que aborda el suicidio es a través de la filosofía del absurdo protagonizada precisamente por el hombre absurdo, el cual, es aquel individuo que toma

conciencia de que el mundo y la vida por sí mismos son irrazonables, no tienen fundamento ninguno o un sentido oculto el cual hay que buscar como quien ha perdido algo que le pertenece. Este sentimiento que el autor lo ubica en el alma del hombre absurdo descubre la crueldad de la vida, el dolor, el sufrimiento, el hambre, la decepción, el fracaso, la ruptura, la monotonía y su propia finitud, hasta el día en que se pregunta: ¿y todo eso para qué? Y puede llegar a experimentarlo cualquiera que haga despertar la conciencia. Su recorrido va desde este razonamiento hasta el punto en el que el hombre llega a pensar que nada de ello vale la pena y ve por lo tanto en el suicidio un refugio que acaba precisamente con ese cuestionamiento, “si no vale pena no estoy aquí”. No obstante, para el mismo Camus *el suicidio no tiene justificación pues señala que aquel que opta por acabar su vida desde lanzándose del precipicio, alza a su vez la bandera de rindiéndose ante la existencia misma que le ha sobrepasado*. “Dicho de otro modo, la idea de un mundo sin sentido es impropia no solo de la humanidad sino de la existencia misma, pues, recogiendo a Camus, morir es lo mismo que decir: no entiendo”. (Anrubia, Gaona, 2015, p. 23)

Camus señala que es necesario enfrentar la vida tal cual es, simple y sin sentido. En su obra *El Extranjero* expone de modo literario esa vida absurda accidentada por situaciones penosas y extralímites de la existencia misma: la muerte de mamá, el fracaso laboral, la soledad, la judicialización por un homicidio y su propia condena de muerte, a lo que siempre se muestra indiferente, como aquel hombre que sabe lo que le espera pero que vive en plena libertad existencial, acoplándose a lo que la vida misma le ofrece hasta el último de sus días.

El desarrollo de este pensamiento existencial sobre la vivencia de la propia existencia de manera absurda en sus diferentes dimensiones y su relación con el suicidio a la luz del pensamiento camusiano se presenta como objetivo central de esta investigación. Su relevancia en

el pensamiento filosófico más aun como eje central de toda la filosofía misma y la actualización de dicho postulado en nuestros días representa un reto vigente. “El hombre actual, hijo de la “arrogancia de la modernidad”, ha visto derrumbarse ante sí todo el ideal de la razón: las preguntas sobre el sentido y significado de su existencia se encuentran con menos posibles respuestas”. (Polo, 2006, p. 46) El error de la modernidad fue pretender entonces que en su diosa razón podía hegemonizar en sí misma todas las dimensiones en las que el hombre, olvidando que para la vida antecede a todo conocimiento intelectual y comprenderla es siempre un trabajo inacabado y hasta cierto punto no garantizado de modo que llegue a problematizarse tanto al punto que se desee morir.

El apego a la vida suele ser lo más fuerte que alguna vez sentiremos en nuestra vida, y aunque muchos sientan que la vida no vale la pena ser vivida, son pocos los que cometen suicidio. Este hecho nos hace cuestionar la esencialidad de lo que es querer, el vivir por nuestra voluntad o el morir por nuestra voluntad. ¿Vivimos la vida porque la queremos o vivimos la vida para liberarnos de ella? Sobre esto, Arthur Schopenhauer aseguraba que nada necesitamos tanto como “el reposo del alma”, pero no debemos olvidar que el dolor es consustancial a la vida incluso para obtener la felicidad por lo que no podríamos darnos ésta sin aquél. Entre ambos conceptos, felicidad y dolor, encontramos un componente básico de la existencia humana. Se trata del deseo. Una pulsión que nos inclina irremediabilmente hacia un objetivo irracional o quizá una necesidad interna elegida deliberadamente negociación racional.

La voluntad de vivir es una eficacia psicológica que luchar por la supervivencia visto como una causa importante y activa de razón consciente e inconsciente. Esto ocurre sobre todo cuando la propia vida se ve amenazada por una lesión, contusión o enfermedad grave. La noción de que cualquiera que está en el paso de algún trance puede tratar de mantenerse con vida a través

de la creencia de que tienen una razón o un motivo para vivir, junto con el abandono de la voluntad de vivir. Existen correlaciones significativas entre la voluntad de vivir² y fuentes existenciales, psicológicas, sociales y físicas de angustia. El concepto de la voluntad de vivir se puede ver como verdaderamente afectado por la ilusión. Muchos, que superan las experiencias cercanas a la muerte fuera de la explicación, se han explicado los conceptos tales como la voluntad de vivir como un componente directo de su supervivencia. La diferencia entre el deseo de morir en comparación con el deseo de vivir es también un factor de riesgo único para el suicidio.

² En la filosofía existencialista, autores como Schopenhauer consideran que "la voluntad de vivir" es una fuerza que impulsa la existencia, pero que está asociada con el sufrimiento y la insatisfacción, y su liberación se logra mediante la renuncia al deseo. Para Nietzsche, "la voluntad de vivir" es una fuerza vital y creativa que impulsa a los individuos a buscar poder y afirmarse a sí mismos, creando su propio sentido de vida.

Metodología

Teniendo en cuenta la metodología cualitativa, se establece problematizar la noción de suicidio. Partiendo de esto, la elaboración y la consecución de este trabajo monográfico, asume la concepción de Hernández et al., para quienes: “[...], la investigación cualitativa proporciona profundidad a los datos, dispersión, riqueza interpretativa, contextualización del ambiente o entorno, detalles y experiencias únicas. También aporta un punto de vista "fresco, natural y holístico" de los fenómenos, así como flexibilidad” (Hernández Sampiere, R, et al, 2006. p.21).

Para esta Monografía, la modalidad de investigación es bibliográfica–documental, para lo cual se realizó el estudio de documentos escritos que incluyen libros, revistas indexadas, monografías, ensayos académicos, consultas de internet, conferencias, y la adopción de conceptos como sentido, rebelión, absurdo, entre otros, con la finalidad de comprender la manera en que el suicidio se circunscribe dentro de la filosofía existencial. Siguiendo a Arias:

La investigación documental es un proceso basado en la búsqueda, recuperación, análisis, crítica e interpretación de datos secundarios, es decir, los obtenidos y registrados por otros investigadores en fuentes documentales: impresas, audiovisuales o electrónicas. Como en toda investigación, el propósito de este diseño es el aporte de nuevos conocimientos.

(Arias, 2012, p. 27).

Atmósfera

“Los suicidas no van al infierno, vienen del infierno”
Eduardo Infante.

Conceptualización

El suicidio resulta a lo largo de la historia un fenómeno del que casi no se habla por temor y aunque es una problemática vigente, se mantiene casi que invisible y por supuesto al asecho. Por ello resulta pertinente para comenzar, ampliar este concepto y puntualizar a qué nos referimos al hablar de este, no para sustantivarlo y mantenerlo en lo abstracto sino para analizarlo desde las diferentes corrientes de pensamiento y las disciplinas que han tratado de abordarlo ya sea desde la dimensión religiosa, psicológica o social.

La etimología de la palabra remite a la descripción de la acción suicida, *suicidium*, *Sui* (a sí) y *Cidium* (acto de matar); por otra parte, la Real Academia Española lo define de la siguiente manera: “Acción o conducta que perjudica o puede perjudicar muy gravemente a quien la realiza”. Mientras que la etimología asegura la acción del asesinato propio, el concepto de la RAE, se limita simplemente a la acción que realiza un individuo y que a su vez le perjudica, dejando de manera abierta si este muere o no por dicha acción. No obstante, resulta pertinente ahondar un poco más en las disciplinas que han tratado este concepto pues aún quedaría revisar los procesos internos y existenciales en los que se mueve quien realiza la acción de levantar la mano sobre sí mismo.

Abordaje Sociológico

El sociólogo, pedagogo y filósofo Émile Durkheim (1928) afirma en su obra de estudio sociológico que el suicidio es “toda muerte que resulta, mediata o inmediatamente, de un acto positivo o negativo, realizado por la víctima misma sabiendo que debía producir ese resultado” (p.53) Para el autor, resulta indispensable tener claridad sobre los tipos de muerte bajo las cuales un sujeto puede optar. Su definición pone de manifiesto que el acto suicida no siempre resulta de una acción desesperada y mucho menos como un acto causal y preliminar a una muerte inmediata. Así suicida puede ser tanto quien se atraviesa la espada al cuello, como quien se ha abstenido de satisfacer sus necesidades básicas para sobrevivir -alimentarse, dormir, saciar la sed, etc- o como aquel héroe valeroso que va a la guerra a sabiendas que va a morir en manos de su enemigo, pues esta última acción a considerarse como si él mismo se hubiese dado el golpe mortal.

Alguno pensaría que las disposiciones interiores quizás no resulten ser las mismas para cada uno de los casos y que las intenciones al tomar la decisión puedan variar de modo que no siempre se desee la muerte con un carácter teleológico. Sin embargo, Durkheim (1928) afirma que resulta imposible conocer el drama interior de un individuo, pero lo que si se pueden distinguir son características y rasgos que unifican de manera fenomenológica el acto suicida; así por ejemplo, el caso de una madre que da la vida por sus hijos, un comerciante que opta por tomar un veneno a causa de la vergüenza de una inevitable quiebra y un hombre que va a la guerra, no deseando la muerte pero sabiendo que allí ha de encontrarla, en todos ellos se encuentra en primer lugar disposiciones y razones distintas pero en sus actos una voluntad de abandono consciente de la existencia y la abnegación de la vida.

En consecuencia, de lo anterior el autor afirma que no se puede hablar de suicidio en los animales, puesto que carecen de una actividad reflexiva previa a la acción suicida que implica la conciencia de una renuncia por la vida misma. De tal modo, “hay suicidio cuando la víctima, en el momento en que realiza el acto debe poner fin a su vida, sabe con certeza lo que tiene que resultar de él”. (Durkheim, 1928, p.57)

Abordaje Psicológico

En el ámbito de la salud mental clarificar y unificar el concepto del suicidio, no resulta ser tarea fácil, por una parte, aparece la definición dada por la OMS que conceptualiza el suicidio como “un acto con resultado letal, deliberadamente iniciado y realizado por el sujeto, sabiendo o esperando el resultado letal y a través del cual pretende obtener los cambios deseados” (Grupo de trabajo de la Guía de Práctica Clínica de Prevención y Tratamiento de la Conducta Suicida, 2012). Sin embargo, la literatura psicológica y psiquiátrica es vasta entorno a la temática y en ella se distinguen innumerables matices que permiten dictaminar una acción mortal como suicidio.

Dentro de la esfera psicológica y psiquiátrica se acepta de antemano la definición clásica de Durkheim anteriormente mencionado. Pero va más allá de un estudio meramente sociológico y se adentra en el campo médico para examinar las patologías biológicas que se ponen de manifiesto en el individuo, esto se logra bajo el análisis de enfoque diagnóstico céntrico

Se refiere al intento de nuclear la explicación-comprensión del sufrimiento psicológico y de las experiencias inusuales o problemáticas, en torno a categorías discretas de enfermedad según los sistemas de diagnóstico al uso, CIE/DSM, actualmente en crisis y al a priori asistencial de que la atención a la salud mental ha de girar en torno al control de los síntomas de estos diagnósticos. (García et al, 2020, p. 92)

No obstante, se debe ser prudente en el juicio biomédico que puede justificar el acto suicida como una serie de conductas causales que provocan un desenlace mortal. La psicología tiene claridad de que este fenómeno atañe principalmente al mundo de la vida y que este tiene que ver con los dramas humanos que se viven en la cotidianidad: tristeza, decepciones, soledad, sentido, valores, dilemas, enredos, miedos, soluciones, preocupaciones, sueños, etc. (García et al, 2020) Se entiende entonces por suicidio dentro de este campo, a la intencionalidad de una persona que experimenta estos dramas y que los considera irresolubles optando decididamente por la muerte a mano propia como una salida o posibilidad que da descanso a la turbulencia existencial.

Ahora bien, la psicología en su abordaje de este problema distingue entre el *suicidio consumado* y el *intento suicida*, el primero cuando se trata de un resultado mortal y definitivo, el segundo cuando no se llega a lo esperado, sin embargo, en ambos se anida la intencionalidad de buscar la propia muerte. De esta clasificación emergen también otras tipologías dentro de las cuales se clasifica el actuar aparentemente suicida, estos son: la *ideación suicida* -como deseo espontáneo y constante o discontinuo de la idea o intencionalidad suicida-, el *suicidio frustrado*, *accidental* y el *parasuicidio*, en todas ellas existen diferentes matices que permiten la diferenciación y clarificación para su respectivo tratamiento y ayuda en términos médicos, así como detectar las causas intencionales y biológicas.

Considerar superficialmente que suicidio y tentativa de suicidio son manifestaciones de un mismo fenómeno uniforme, cuya única diferencia es sólo el resultado final, es una simplificación que impide detectar la diferencia entre un suicidio enmascarado y un suicidio accidental -ambos serían consumados-, o entre un suicidio frustrado y un intento pseudosucida -ambos serían tentativas-, diferencia que solo podemos apreciar

interesándonos por los aspectos clínico-existenciales de cada caso. (García et al, 2020, p. 94)

Por otra parte, el tratamiento que se aplica al análisis de los resultados de los actos suicidas no consumados tiene que ver con soluciones terapéuticas ofrecidas por la psicología y las farmacológicas ordenadas por la psiquiatría. Comúnmente dentro de la comunidad científica se etiqueta al sujeto con ideación suicida como un enfermo el cual debe tratarse y medicalizarse para reinsertarse nuevamente dentro de la sociedad. Los individuos que han malogrado su propia muerte son incluidos dentro de un sector poblacional con algún tipo de trastorno que les impide convivir dentro de la sociedad. Tal es el caso, que la depresión, la melancolía, las enfermedades somáticas, los trastornos adaptativos, histéricos y los trastornos límites de personalidad son las más asociadas al fenómeno suicida, de tal manera que quien intenta poner fin a su propia vida, será evaluado con una rúbrica médica ya establecida, induciendo al “paciente” dentro de una lectura precipitada a un diagnóstico posible.

Abordaje En La Ética Cristiana

A diferencia de las otras disciplinas, la teología cristiana no elabora su propio concepto sobre el fenómeno del suicidio, sino que toma los aportes de la psicología y la sociología para hacer sus interpretaciones y juicios de valor sobre el mismo de acuerdo con las doctrinas dogmáticas propias de cada tiempo, que, aunque cambiantes, procura siempre mantenerse dentro de los límites de lo esencial a la moral tradicional ordenada, la Tradición del Magisterio y la Sagrada Escritura.

Según Flecha (2016) en la historia de la Iglesia ya desde la antigüedad se pone de manifiesto un rechazo contundente frente a la práctica suicida por este ir en contra de los designios divinos en los que Dios da al hombre la responsabilidad de administrar su propia vida.

Incluso se hace un rechazo a las interpretaciones de las primeras comunidades cristianas que durante los tiempos de persecución arriesgaron su propia vida en pro de su fe, puesto que en palabras de san Agustín el pasaje bíblico “No matarás” incluye imperativamente el cuidado no solo por el prójimo sino también de sí mismo.

Desde en los primeros siglos, se condena el suicidio como un crimen y a modo de exclusión dentro de la comunidad eclesiástica se enumeran un sin número de prohibiciones entorno a este fenómeno tales como: “recibir ofrendas que los fieles presentan a la Iglesia por quienes se han suicidado [...] dar sepultura eclesiástica a los suicidas [...] ofrecer por los suicidas la eucaristía” (Flecha, 2016, p. 305)

Sin embargo, en el devenir de la historia, la Iglesia ha ido abriéndose paso en medio de una sociedad cada vez más secularizada de tal modo que sus prohibiciones canónicas han cambiado con el paso del tiempo, así, si en el Código de derecho canónico de 1917 se mantenía la prohibición de la sepultura eclesiástica y la suspensión de los clérigos que tenía intencionalidades suicidas, en el en nuevo Código de Derecho canónico de 1983 se prohíbe solamente para quienes mediante su actuar suicida constituyen un escándalo público irreparable, así como también si este tiene la intencionalidad de servirse de ejemplo para otras personas.

A diferencia del pensamiento antiguo y medieval que ejercía humanamente el juicio divino de la condenación eterna enviando a los suicidas al infierno, la Iglesia contemporánea se mantiene prudente frente a algún juicio de este tipo, dado que:

No se debe desesperar de la salvación de eterna de aquellas personas que se han dado muerte. Dios puede haberles facilitado por caminos que sólo él conoce la ocasión del arrepentimiento salvador. La Iglesia ora por las personas que han atentado contra su vida”. (CIC, n. 2283).

Por otra parte, en palabras de Flecha (2016) citando a San Agustín de Hipona, argumenta que el suicidio para la Iglesia resulta ilícito por tres razones: en primer lugar porque atenta contra la inclinación natural en la que todo hombre se debe amar así mismo, segundo, porque atenta contra la unidad social en la que el individuo hace parte de un todo y por lo tanto su actuar afecta a todos y por último porque atenta contra el don de la vida, quitando a Dios la potestad que sólo él tiene para dar la vida y arrebatarla.

Por último, la moral cristiana establece una distinción que clasifica el suicidio en dos: *directo e indirecto*, el primero reprobado por atentar contra las tres causas anteriormente mencionadas, el segundo considerado lícito bajo el principio del doble efecto, es decir, si pretendiendo un fin bueno y previsible se actúa y resulta la muerte, sin que estos actos tengan una relación de causalidad entre sí. Esta clasificación ofrecida por Flecha (2016) deja de manera ambigua el juicio que se puede dar los sacrificios de los mártires quienes defendieron la fe -un fin loable- pero que vislumbraban en últimas su propia muerte en manos de sus verdugos. Ahora bien, puede pensarse en los casos de aquellos santos cuyo suicidio se consideró voluntad de Dios y parte del plan de salvación, tal es el caso de santa Apolonia entre otros tantos quienes conscientes de su propia aniquilación se encaminaron por los derroteros de la muerte.

Finalmente hay que decir que aunque la moral cristiana tiene en cuenta los factores externos deterministas -presión social, amenaza, privación de la libertad, etc- así como también los diagnósticos patológicos del individuo dados por la medicina, pero esta se olvida del sentir humano y las situaciones límites de la existencia, las cuales, según la Iglesia se han de cargar con “*santa paciencia*” para la santificación del alma, dando así una esperanza metafísica a quienes su calidad de vida y sufrimiento no les permite vivir a plenitud el sentido de la misma. En este contexto, la Iglesia ve el suicidio como un drama social en que la cultura del libertinaje pone el derecho a la libertad como el culmen

de todos los valores, incluso el de la vida misma, mientras que de manera silenciosa se va creando una cultura insolidaria que adjudica al hombre la responsabilidad de su propia vida como dueño de ella y desterrando a Dios del lugar que según la Iglesia ocupa en el orden de las cosas.

Filosofía Existencial

Una vez ampliado el panorama conceptual del suicidio resulta imprescindible centrarnos en la corriente filosófica que centra su reflexión en el drama humano, esto es: la filosofía existencial. El propósito aquí es mostrar los rasgos generales de la filosofía existencial y cómo a ella le compete el problema del suicidio que en la presente investigación se ha abordado.

La filosofía existencial, es una corriente de pensamiento que surge con Soren Kierkegaard en el siglo XVIII, sin embargo, pasó inadvertido hasta la primera mitad del siglo XX cuando la crisis humanitaria como consecuencia de las dos guerras mundiales hizo dar un giro a la reflexión filosófica tan sistemática, fruto de la modernidad y el legado hegeliano. El existencialismo, “expresa y hace consciente una situación histórica de una Europa lacerada física y moralmente por las dos guerras; de una humanidad europea que, entre guerras, experimenta en la gran mayoría de su población la pérdida de la libertad con los regímenes totalitarios”. (Reale & Antiseri, 2015, p. 334) Este modo de reflexión es la vuelta a lo concreto, a la realidad misma, al drama humano del hombre “de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano”. (Unamuno, 1912, p.3).

Al existencialismo no se le ha de entender como un sistema de pensamiento homogéneo, sino como conglomerado de reflexiones heterogéneas que tratan de responder a los enigmas humanos que escapan a la razón, apelando al sentido del individuo. Es “una doctrina que hace posible la vida humana y que, por otra parte, declara que toda verdad y toda acción implica un medio y una subjetividad humana”. (Sartre, 1973, Pág. 1) Así, el existencialismo se abalanza hacia la singularidad del individuo, la construcción de su propia existencia y la dotación del sentido de esta. En ella, predomina el valor de la libertad que se precipita hacia la posibilidad del ser, puesto que el ser humano no es algo definido y dado de principio como un animal, sino que se constituye potencialmente en el *poder-ser*, no es la naturaleza quien define en él una esencialidad inmutable: “el hombre empieza por existir, es decir, que empieza por ser algo que se lanza hacia un porvenir, y que es consciente de proyectarse hacia el porvenir”. (Sartre, 1973, Pág.3) Mientras que el idealismo dominante había captado el principio de la realidad y de la historia misma, con el Absoluto hegeliano y la trascendencia metafísica, el existencialismo toma al hombre como un proyecto y ser finito, arrojado al mundo sin su voluntad, más aún, herido por situaciones límites que le expresan lo irracional y absurdo de la vida, así la realidad deja de estar identificada con la racionalidad.

Ahora bien, el existencialismo no excluye el colectivo, ni aísla al individuo de los otros hombres, según Sartre (1973)

Cuando decimos que el hombre se elige, entendemos que cada uno de nosotros se elige, pero también queremos decir con esto que, al elegirse, elige a todos los hombres. En efecto, no hay ninguno de nuestros actos que, al crear al hombre que queremos ser, no cree al mismo tiempo una imagen del hombre tal como consideramos que debe ser. (p. 3).

Con lo anterior el filósofo francés, afirma que el existencialismo es un humanismo en tanto que opta por sí mismo como hombre y en dicha elección decide por la humanidad entera, entendido esto desde la subjetividad como dotación de sentido y responsabilidad que recae sobre los hombros de quien elige, es decir, de todo hombre.

En este contexto, se puede concluir pues que en la filosofía existencial el sujeto reflexiona para responder a todo su acontecer cotidiano, buscando así una verdad última por la cual luchar, por la cual vivir y defender, incluso por la cual morir, porque es ella la que lo apasiona y le da un sentido último a su existencia. Pero dicha verdad no es algo externo e inconcreto, sino que reside en el mismo sujeto, que desea conocer su destino, cómo debe actuar y porqué. Pues ha sido traído al mundo sin voluntad propia y está condenado a permanecer en él.

El Problema del Nacimiento

La corriente existencial lleva al ser humano a cuestionarse todo, pero lo esencial es percibirse como existente pues lo demás dependerá de esto. La consciencia del *estar-en-el-mundo* como sujeto es examinar el por qué y el para qué no solo de la existencia misma, sino también de los acontecimientos que sobre esta recaen.

Muchos hombres y mujeres sienten que la vida les pesa, que la carga del mundo y del universo es insoportable o incluso que la indiferencia de la realidad es lo suficientemente violenta como para no abandonarla, este sentir de insatisfacción, irracionalidad y sufrimiento son a menudo unas de las razones por las cuales una persona decide morir a mano propia, apareciendo entonces el fenómeno del suicidio como una alternativa latente y siempre al alcance de cualquiera. No obstante, parece que poco a poco se ha venido metiendo en la cultura que el problema es el suicidio y las consecuencias que este trae y no las causas que hacen posible tal acción, de manera que el suicidio resulta ser más aberrante que la vida misma, la cual que trae consigo el sufrimiento y hace presente el infierno en carne propia.

Emili Cioran (1998) en su obra *Del inconveniente de haber nacido*, propone una inversión de los factores en esta cuestión, poniendo al descubierto la banalidad de la vida, sus sufrimientos y lo irracional de todo, la muerte entonces no es vista de algún modo como el problema, sino como una solución a una problemática, es decir, no interesa el acto mismo de desear la muerte sino el conocimiento de que todo aquello que se haga en vida es irrelevante y que nada merece la pena pues carece de sustancialidad vital, la realidad entonces se inscribe en la insensatez, liberando al suicidio de la condenación y poniendo de manifiesto el verdadero problema: el nacimiento.

No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento. (Cioran, 1998, p. 4)

Cioran pone el fin en los comienzos, lo que la moral cristiana ha considerado como el don incommensurable, resulta ser en el filósofo rumano el principio de toda desgracia y la fuente de cada catástrofe. El don de la paternidad es considerado como un crimen por ser este quien condena sin voluntad ninguna al neonato a este mundo absurdo, a la vida que se inicia en el individuo sin aviso previo, convirtiéndose en el acontecimiento capital.

En consecuencia, la muerte en relación con el suicidio pierde su atractivo, puede que individuo en su reflexión considere vano incluso morirse, pues en últimas el vacío resulta insaciable incluso cuando la muerte llegue. Se propone encontrar otra respuesta que dé paz a la crisis y escudriña su historia hasta llegar al punto cero, de este modo “cuando uno ha agotado el interés que tenía por la muerte, y da por concluido el asunto, retrocede hasta el nacimiento, y se dispone a afrontar un abismo, también inagotable...” (Cioran 1998, p. 13)

Por otra parte, la lucidez del hombre que ha roto con el encanto del mundo y de la vida parece ser un incomprendido frente a otros que no ha entrado en la esfera de lo absurdo, más aún, que no han percibido el dolor, la decepción y la náusea existencial, el vacío y el sufrimiento, Cioran (1998), basa su reflexión a partir de la experiencia propia, se centra en su propia subjetividad y así lo recomienda a sus propios lectores, no se trata pues de un sentimiento compartido, pues no todos habrán experimentado el mismo sentimiento, en este contexto el autor expresa que: “Es imposible aceptar ser juzgado por alguien que ha sufrido menos que nosotros. Y como cada cual se cree un Job desconocido... Sueño con un confesor ideal a quien decirle todo, confesarle todo: sueño con un santo hastiado”. (p. 15)

Más aún se revela contra aquello que la Iglesia misma ha ignorado, por justificar el sufrimiento humano a causa de la redención llevada a cabo por el mismo Jesucristo. Pues toda dolencia y sufrimiento humano sin haber encontrado una respuesta lógica y medianamente aceptable para asumir tal carga, se ha de considerar como participación al sufrimiento de aquella tarde de viernes en la que el Hijo de Dios colgado del patíbulo entregaba su vida por la humanidad:

El Redentor ha sufrido en vez del hombre y por el hombre. Todo hombre tiene su participación en la redención. Cada uno está llamado también a participar en ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la redención. Está llamado a participar en ese sufrimiento por medio del cual todo sufrimiento humano ha sido también redimido. Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo. (Juan Pablo II, n. 21)

No obstante, la misma doctrina enseña que Jesucristo murió una vez y para siempre por el género humano y que en este sufrimiento cargó con el de toda la humanidad, sin embargo, surge la pregunta en el mismo Cioran (1998): “¿Qué es una crucifixión única comparada con la cotidiana que sobrelleva quien padece de insomnio?”. (Pág.17) La Iglesia parece que condena al suicida olvidando el infierno del que viene y lo hace en razón de una metafísica incierta y de un paraíso del que poco hay certeza.

Literatura Maldita: Jesús, ¿Suicidio O Sacrificio?

A pesar de que la Iglesia se sitúa del lado de la vida, la historia de salvación narrada en la Sagrada Escritura relata la historia de muchos hombres y mujeres justos a los ojos de Dios que han puesto la afirmación por la vida en tela de juicio, resultando el suicidio una tentación latente en medio del drama en el que viven y el nacimiento el génesis de toda desgracia. Es el caso del profeta Jeremías quien confesaba de su nacimiento una desdicha: “¡Maldito el día en que nací, el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito! ¡Maldito el que dio la noticia a mi padre: te ha nacido un hijo, dándole un alegrón!” (Jr 20, 14-15) Por otro lado se encuentra Sara la coprotagonista del libro de Tobías quien harta de la desdicha amorosa y el reproche de su criada tras la muerte de sus siete maridos “se echó a llorar y subió al piso de arriba de la casa, con la intención de ahorcarse” (Tob 3, 10) Manifiesta entonces las aflicciones más humanas frente al fracaso y la desesperación que ven en la muerte un aliciente a sus penas. Así muchos otros casos aparecen como es el más popular en la historia cristiana Judas Iscariote quien al no soportar la pena de haber entregado al Maestro, se ahorca en las ramas de una higuera, consumando así su propia muerte (Mt 27, 5).

Aunque la hermenéutica bíblica afirma que los libros de la Sagrada Escritura no deben entenderse a modo de crónica, ni es tampoco un libro histórico puesto que lo que pretende es comunicar una verdad de fe, hay que reconocer que el hagiógrafo por alguna razón quiso poner de manifiesto estos dramas humanos y situaciones límites de la existencia que sobrepasan el sentido.

Ahora bien, no solamente son estos seres humanos mortales lo que han sentido una inclinación por la muerte, sino que incluso el mismo Jesús, el Hijo de Dios, pareciera que motiva de alguna manera la renuncia a la vida para merecer otra, pero que al fin y al cabo es un menoscabar en ese “don” dado por el Dios altísimo: “El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la salvará” (Lc 9, 24) de este modo pareciera que se abre camino hacia los derroteros de la muerte que llevan a la abnegación de la vida propia.

José Saramago en su obra el *Evangelio según Jesucristo*, narra la historia de Jesús ya no desde las fuentes y cánones autorizadas, sino que tomándolo como personaje histórico relata el acontecimiento de la pasión de un modo mucho más existencial. Y es que la pregunta que nos aborda aquí es ¿Fue la muerte de Jesús un suicidio que motiva de algún modo a que muchos sigan su ejemplo? De ser así, moral cristiana caería por completo y habría que reinventarse nuevamente en medio de sus ruinas.

Jesús movido por la voluntad del Padre, enfrenta su propia muerte, es consciente de su vida como proyecto, la cual ha de terminar en el patíbulo de la cruz por amor a la humanidad, no es esquivo a esa muerte, la acepta, es más la busca pues no se da a la huida para asegurar su bienestar, desde aquí podríamos decir desde la concepción de Durkheim que se trata de un suicidio, pues actúa a sabiendas del resultado mortal y lo espera con ansias aun así se tratase por amor a los suyos; en palabras de Saramago (2019) tras la chala del Mesías con las autoridades romanas a “Jesús le parecía que no acababa de llegar nunca [ante Pilatos]... porque le urgía

comparecer al encuentro que por su voluntad fijó con la muerte” (p. 485) Se detecta entonces una voluntad por morir, una que no nace a causa de la desesperación o del sufrimiento, sino del amor, pero últimas es voluntad de morir.

Hay que aclarar para no extraviarnos por otros caminos, que aquí no se pretende hacer un análisis teológico, sino poner a consideración en pro de este estudio monográfico los muchos campos en los que el suicidio ha tenido cabida incluso en la historia sacra, en esa narrativa divina que al hacerse una relectura desde la periferia de los cánones puede resultar ser una acción anatema.

Pero si Jesús se decidió por su propia muerte y con ella sigue moviendo a otros muchos a seguir su ejemplo, bajo el argumento de seguir la voluntad de Dios, entonces ha de considerarse suicidio “Muchos morirán en el futuro por voluntad de Dios y su causa, [pero] si es voluntad de Dios es causa santa”. (Saramago, 2019, p. 479) Si es santa o no, no interesa puesto que últimas nos compete a nosotros analizar el fenómeno y no sus causas. De ello, habla el autor de quien ahora se sigue el eje de esta reflexión, Albert Camus (1985) en su obra *el mito de Sísifo*:

Veo que muchas personas mueren porque estiman que la vida no vale la pena de vivirla.

Veo a otras que, paradójicamente, se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón para vivir [lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir]. (p. 5).

Finaliza el libro del José Saramago (2019) con el lamento de Jesús quien colgando del madero y sintiéndose engañado por la voluntad del Padre, se hace consciente de la mucha sangre que correrá por su causa, por su sacrificio y que en últimas será motivo sufrimiento en los siglos venideros, clamando al cielo a un Dios sonriente saciado en la muerte de su Hijo y afirmando a la humanidad: “Hombres perdonadle, porque él no sabe lo que hizo” (Saramago, 2019, p. 490).

Despertar Existencial: Del Sentido A Lo Absurdo

“Comenzar a pensar es comenzar a estar minado”

-Albert Camus | El mito de Sísifo.

Cuestionar la insipidez de la existencia es preguntarse por la vida misma y no en su definición sustantiva y abstracta, sino es cuestionar las razones por ese estar-en- el- mundo. El tema del gran final o el para qué conecta directa e indirectamente con la reflexión que se pretende abarcar. Se puede afirmar que el hombre está llamado a vivir en el aquí y ahora, aunque no resulte fácil encontrar razones del todo contundentes y claras que impulsen al individuo a llevar a cabo una plenitud.

A diferencia de los animales, de los cuales se dice que han aprendido a vivir en el momento en que pueden buscar su propio alimento y sobrevivir en un ecosistema, en el hombre no resulta ser suficiente con saciar necesidades básicas para sobrevivir a la naturaleza, pues aprender a vivir significa darle un sentido a la vida, un para qué, un cómo y por qué de lo que diariamente realiza, de tal modo que la sociedad tiene por norma que el ser humano solo subsiste si vive con sentido. Y esto, porque el hombre -según los grandes académicos que nos preceden, dicen- es el único que tiene conciencia de su existencia debido al uso de su razón: *Cogito ergo sum.*

Los seres humanos, son unos constantes perseguidores de equilibrio, felicidad, justicia, orientación, amor y verdad. El ser humano puede perder la vida intentando encontrar cualquiera de esas cosas, pero no puede vivir si le faltan. Aun cuando la vida se encuentre en su atardecer, es tiempo hábil para hallar un sentido que otorgue satisfacción y conformidad para continuar en la lucha cotidiana de la existencia.

La Cuestión Del Sentido

Lo anterior solo da paso a un panorama comúnmente aceptado dentro en la mayoría de las comunidades humanas: la vida tiene sentido y merece ser vivida. Y aunque la lógica socialmente aceptada asevere esta afirmación como una sentencia para todo hombre, Albert Camus (1985) plantea la pregunta fundamental de toda filosofía: “Juzgar si la vida vale la pena o no vivirla” (p.5) de esto dependerá todo lo demás, los grandes conocimientos sobre el universo, las matemáticas y la ciencia. El autor menciona en su obra *El mito de Sísifo*, el caso de Galileo quien, tras encontrar una verdad intelectual y evidente en el campo de la ciencia, se retractó de ella en el momento en que su vida corría peligro a causa de la misma; parece ser entonces que las verdades intelectuales no suplantán las de carácter existencial. Hayque ir más allá.

Anteriormente cuando los niños catequizados, participantes activos y asiduos en la vida de la Iglesia, buscaban vivir los sacramentos de iniciación cristiana, era muy común que en los viejos catecismos se les preguntase ¿Para qué vinimos o estamos en la tierra? Y la respuesta brindada casi que al unísono es que estamos en la tierra para amar, conocer, vivir y servir a Dios y de esa manera salvarnos. Y eran cuestiones tan normales y básicas que en general eran aceptadas y hasta vividas.

Hoy por hoy, ya no es una certeza comúnmente admitida en la sociedad, ya que la generación actual tan secularizada, que está buscando un ¿para qué? Su respuesta se ha de encontrar en el más acá, en la realidad en la que se vive y se lucha cotidianamente. La búsqueda del sentido, que, colocada en el contexto de filósofos de la náusea, se traduciría como ¿cuál es el sentido de vivir, si de una u otra forma vamos a morir? O sencillamente basados en las tres grandes preguntas de I. Kant: «¿Qué se puedo saber?, ¿Qué he de hacer?

¿Qué está permitido esperar?». Estas cuestiones y tal vez muchas más que vienen a ser equivalentes, no se formulan estrictamente en un contexto de fe, antes bien, la experiencia es norma básica para indagar al respecto. Estas dudas que no solo surgen en las personas de forma individual, sino también en el ambiente de la sociedad en general, cuya trayectoria es inquietante, ya que, si satisface a una minoría, a la mayoría la deja en el abandono.

Supóngase entonces que un hombre ha encontrado el sentido de la vida, que hay las razones suficientes para mantener vivo el *pathos* existencial, la llama ardiente por mantenerse en pie entre los mortales, este sentido puede ser su familia, su patria, una idea, etc. La cual, le lleva a entregar hasta su propia vida en *honoris causa*; cualquiera diría que es loable tal existencia, que, sin embargo, aunque muere, su vida es fecunda. Ahora bien, en otra parte existe un hombre que está a puertas de dar el salto al vacío a causa de no encontrar suficientes razones para seguir viviendo, debido a las muchas vicisitudes negativas que durante los últimos años ha tenido que enfrentar, su muerte a lo mucho causará cierto malestar en la sociedad despertado en ella sentimientos de compasión, tristeza, vergüenza, luto, etc. Lo cierto aquí es que ambos murieron, el filósofo francés encuentra entonces una paradoja en lo que concierne al sentido existencial: “Lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir” (Camus, 1985, p.5). La gente se mata aun cuando la vida tenga un sentido y se hace en nombre de este último, al igual que el que abandera en sin sentido como causa última del salto voluntario y definitivo.

El sentido de la vida no es ni evidente ni transparente, porque la persona en su ser es múltiple y contradictorio y siempre tiene el riesgo de equivocarse al dar la primacía a algún elemento, pues tiende a valorar como elemento central lo que más le gusta. ¿Quién sería capaz de descifrar si se camina hacia lo que le da sentido a la vida o bien, hacia lo que, dificultándola con subidas y bajadas, le priva de sentido? La oscuridad aumenta cuando se mira hacia afuera,

pues son demasiadas las vidas que parecen avanzar sin ningún sentido, están rotas o vulgarizadas.

Por el hecho de no ser evidente, hay que buscar el sentido. Surge una gran cuestión que cabe aquí: ¿dónde encontrarlo?, - de la que se desprenden otras que intrínsecamente están relacionadas - ¿dentro o fuera de sí? ¿acaso el sentido de la vida, como la vida misma, no está dado? La vida es absurda, dice Camus, pero una absurdidad que permite tener esperanza en un sentido, solamente que ese sentido está fuera de nuestro alcance. Para no caer en esta decepción, es mejor no empeñarse en resolver si fuera o dentro, porque esa diferencia no es real, es más dialéctica. Dentro está lo que viene de fuera, de los otros; por tanto, aunque provenga de fuera, se encuentra dentro.

Parece ser que no solamente se suicida el que no encuentra sentido, sin embargo, lo que interesa aquí es examinar lo que para la sociedad aún resulta escandaloso: la muerte de quien ha decidido levantar la mano sobre sí mismo y si esta tiene relación necesaria con el sentido de la vida. En otras palabras, ¿es el suicidio la etapa última e imprescindible de aquel que lleva la enfermedad mortal del espíritu? Para examinar este fenómeno, aunque considerado social, hay que adentrarse allí en donde nace y se reproduce su idea: “Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra [...] el gusano se halla en el corazón del hombre y en él hay que buscarlo” (Camus, 1985, p.6).

Ante estos cuestionamientos Camus (1985) afirma que “quienes se suicidan suelen estar con frecuencia seguros del sentido de la vida” (p.7). Esto porque con amenudo quienes se han situado del lado del sin sentido nunca han tomado la decisión de abandonarla. Y que por lo tanto hay una discrepancia entre vivir y el llamado sentido que hace vivir: “En el apego de un hombre a su vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo. El juicio del cuerpo equivale al del espíritu y el cuerpo retrocede ante el aniquilamiento” (Camus, 1985,

p.7) De tal manera que de principio se puede afirmar lo que existe entre el suicidio y la cuestión del sentido es una relación meramente contingente, que la personas no se matan por el hecho de la que la vida no tenga sentido, sino que quien muere a mano propia realiza la confesión de que “ha sido sobrepasado por la vida o que no se la comprende” (Camus, 1985, p. 6) siendo así esto un problema de la conciencia y no estrictamente física, puesto que el cuerpo tiende a su conservación y supervivencia.

Situaciones Límites De La Existencia

No es casualidad que la filosofía del absurdo, así como la filosofía existencial hayan tenido su cuna en medio de las grandes guerras mundiales, donde el valor de la vida y la incompreensión de la realidad parecen extinguirse con cada acción. Por ello, las situaciones extralimites de la existencia se refieren a aquellos hechos que sobrepasan la razón humana, pero que interpela visceralmente al hombre dejándolo herido a piel viva y a la intemperie de algo que no se comprende o dicho de otro modo a solas con lo que el filósofo francés llama el absurdo.

Según Camus (1985) “comenzar a pensar es comenzar a estar minado” (p.6) y es que parece ser que no basta con que la vida tenga sentido para mantenerse en pie, puesto que la vida se determina también con aquellas cosas que la circundan y de ellas dependen lo pesada o liviana que pueda parecer la carga que se lleva por el camino. De tal manera que un día cualquiera un hombre que lo tiene todo y que al parecer ha encontrado razones suficientes para levantarse cada mañana, despierta y siente que ha roto con el encanto del mundo.

Suele suceder que los decorados se derrumben. Levantarse, coger el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la cena, el sueño, y el lunes, martes miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo de una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo. Pero un día surge

el por qué y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. (Camus, 1985, p. 9)

Cualquiera diría que es normal enfrentar situaciones de monotonía rutinaria, desdicha, que ningún hombre está exento de la enfermedad, la banca rota, el desamor, el fracaso y la insatisfacción que pueda traer cualquier otro acontecimiento. Sin embargo, los modos de reacción frente a lo que acontece es lo que resulta ser digno de nuestra atención, pues en últimas legitima y rechaza el fenómeno del suicidio.

Lo primero que se presenta en la narrativa camusiana, es la costumbre con la que viven la mayoría de las personas y no solamente aquellas que gozan de bienestar sino incluso las que se han acostumbrado a vivir en condiciones de sufrimiento, tristeza, pobreza, etc. Quien ha reconocido “el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter sensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento” (Camus, 1985, p.6) se ha de preguntar entonces ¿todo esto para qué? Haciendo consciencia de aquello de que el autor llamará absurdo.

El sentimiento de lo absurdo no nace del simple examen de un hecho o de una impresión, sino que brota de la comparación entre un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que lo supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en el uno ni en el otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación. (Camus, 1985, p.18)

Los dos elementos que se encuentran en dicho conflicto vienen a ser, por un lado, el humano en su deseo de abarcar el conocimiento pleno del mundo y por el otro, la inconmensurable inmensidad del mundo que supera las capacidades humanas, y por esta razón, es imposible su aprehensión; en otras palabras, es la confrontación entre objetividad y subjetividad. Por tanto, cuando se aviva el sentimiento de lo absurdo, se asume que todas las elaboraciones de sentido, ideas, filosofías, etc. No son más que el resultado de la construcción personal para hacer habitable un espacio (mundo) que jamás se podrá conocer

de manera absoluta.

Sobre el absurdo hay que volver más adelante. Lo que interesa en este apartado es hacer visible lo que bajo el término de normalidad afecta considerablemente la existencia del hombre y las consecuencias de que de ellas se pueda abstraer. En este contexto es válido preguntarse si una vez superado el tema del sentido, ¿son ahora las situaciones extralimites quienes legitiman el suicidio? Personajes como Jean Améry abordan esta cuestión que por supuesto se contrapone a la que Camus postula pero que bien valdría la pena examinarla *grosso modo* para ampliar el panorama que se nos ocupa aquí.

¿Es posible llevar hasta sus últimas consecuencias una vida llena de fracasos y carente de sentido? O mejor aún ¿Qué hay de digna y libre en una vida llena de desdichas, sufrimiento y causas perdidas? Se trata de resolver la siguiente ecuación $p \rightarrow q$ siendo p el absurdo como incomprensión de la realidad que ocupa al individuo y q el suicidio. El ensayista Améry estará de acuerdo en todo caso que quien emprenda el camino hacia la muerte voluntaria, está en todo el derecho, su postulado des-psicologiza el fenómeno suicida y lo explica como la ruptura de una lógica de vida que se impone desde fuera hacia adentro y que de algún modo hace más pesada la existencia de quien por lo menos ha jugado con la idea del suicidio: “El acto del salto definitivo, aunque aparezca lleno de impulsos psicológicos es inaccesible a un examen de este orden, ya que rompe con la lógica de la vida y por ende de la psicología”. (Améry, 1976, Pág.9) Dando a entender que la cuestión del suicidio corresponde al campo existencial, subjetivo y nada tiene que ver con un orden general. Más aun, se revela incluso contra aquello que el mismo cristianismo usa en defensa de la vida, preguntándose: ¿Hay que permanecer sólo porque uno haya llegado a estar presente? En el momento previo al salto el suicidante rompe voluntariamente una prescripción de la naturaleza y la lanza a los pies del dictador

invisible”. (Améry 1976, p. 7) No hay que permanecer entonces donde no se quiere estar. Su afirmación no es otra cosa que un grito por la libertad de un hombre se ha cansado de caminar.

El suicida es entonces un rebelde, pero no como al estilo camusiano del que se hablará más adelante, es un rebelde que se sacude de las cadenas de una sociedad que le fueron impuestas desde el nacimiento y que sólo exigen mantenerse vivo al precio que sea, aunque desespere de su propio ser. Pero “el hombre actúa por sí mismo tanto al vivir como al suicidarse, sin dar oportunidades al poder y la magnificencia”. (Améry 1976, p. 12) Es un necio que no quiere y se resiste a aceptar una lógica que le parece irrisoria en conjunto con el mundo y lo que en él se encuentra, los cuales le resultan indiferentes. Sin embargo, en la reflexión del autor solamente aparecen dos vías ante el sentimiento absurdo de la existencia: o el abandono de la misma en cualquier momento o el refugiarse en el sano sentido común dominante; pues al parecer el hombre se ha acostumbrado a caminar en a tuestas y en la oscuridad.

Ahora bien, por otra parte, el autor examina la aceptación del suicidio en cuestiones de lo que él mismo llama *eché* que se traduce como fallo o fracaso y lo considera en dos direcciones: el *eché en la vida*, refiriéndose a la confrontación que tiene todo hombre que desea ser, hacer o tener algo sintiendo que es allí donde se anida la llama ardiente que le hace vivir y su propósito se ve limitado por la imposibilidad de la vida que le fue otorgada, no todo el que quiere puede. En segundo lugar, se encuentra el *eché de la vida*, como la conciencia que hace todo individuo de que algún día habrá de morir y que todo aquello que se haga terminará en viejas ruinas que olvido cubrirá, por lo que entonces todo sacrificio, dolor y sufrimiento resulta en vano e innecesario. Este según el ensayista, “existe como una amenaza latente en el

fondo de toda existencia y de una manera más evidente aún que la muerte”. (Améry, 1976, p.26) Con este planteamiento enfrenta la situación compleja entre quien vive en carne propia el desespero y la experiencia del *eché* en cualquiera de las direcciones, frente a la sociedad que propone llevar una lógica de la vida hasta sus últimas consecuencias y la conservación de la existencia, mientras que el sujeto hastiado no desea saber de las maravillas del mundo. Se establece entonces una lucha por recuperar lo perdido, lo ausente en quien desea la muerte y la busca con voluntad, el cual es considerado como enfermo por dejarse vulnerar por las situaciones extralímites de la existencia, y que frente a esto hay quienes dirán que no es para tanto, mientras que otros en silencio miran con compasión y la ciencia se encarga de ofrecerle herramientas para “curarlo” pues en últimas “es la sociedad quien mide las proporciones”. (Améry 1976, p.30).

En consecuencia, para el Jean Améry existe una relación entre el sentido, la conciencia de lo absurdo y el suicidio, de ello afirma que no es aceptable que sea la sociedad quien limite la libertad del hombre que se encamina hacia destino final y más aún se tilde por loco, pues en primer lugar nadie en el mundo, ni siquiera la ciencia de la psicología y la psiquiatría podrían evaluar aquello que siente en su interior y en últimas, la muerte a todos nos llega por lo que cada persona tiene el derecho de encaminarse hacia ella como aquel condenado que se pone en marcha hacia su verdugo.

A diferencia Améry quien se sitúa del lado de los suicidas haciendo una apología de la muerte voluntaria, Camus encuentra un modo distinto de enfrentar el absurdo de la existencia, y más allá del suicidio biológico y físico, le interesa el suicidio filosófico pues este se presenta como una alternativa más común y normalizada dentro de la historia de humanidad, pues se presenta como una elección “sana” que impide la ruptura con la lógica de la vida, salvaguarda la existencia, asegura la comunión con la sociedad y permite al mismo tiempo ensordecir al

sujeto del estridente silencio absurdo que la vida trae consigo frente a las preguntas que le interpelan pero no halla respuesta.

La Conciencia De Lo Absurdo

Frente a las situaciones extralímites o el *eché* de Améry, Camus ha mencionado que dadas las circunstancias incompresibles a la razón humana, los hombres tienen dentro de sí unos profundos sentimientos y que estos expresan más de lo que se dice de forma consciente, de tal manera que aunque no se hagan visibles de primera mano, el sujeto permanece en una atmósfera existencial de la que se hará consciente.

Los grandes sentimientos pasean consigo su universo, espléndido o miserable. Iluminan con su pasión un mundo exclusivo en el que vuelven a encontrar su clima. Hay un universo de la envidia, de la ambición del egoísmo o de la generosidad. Un universo, es decir una metafísica y una actitud espiritual. Lo que es cierto de los sentimientos ya especializados lo será todavía más de las emociones tan indeterminadas en su base, a la vez tan confusas y tan “ciertas”, tan lejanas y tan “presentes” como puedan ser las que nos produce lo bello o suscita lo absurdo. (Camus, 1985, p.8)

De todas estas sensibilidades, se emana una gran pregunta que atañe a la situación particular que quiere aclarar el autor; ¿Cómo llega el hombre a la absurdidad? Esta sensación del absurdo es un asunto paulatino por el cual el hombre va tomando conciencia del paso del tiempo y de sus infortunadas secuelas para él. El desgaste, detrimento y la muerte, es un proceso que se va dando sucesivamente durante el lapso de la vida del hombre, repitiéndose ordinariamente, es lo que anteceden a la vivencia del absurdo.

Una vez el hombre despierta a su realidad y toma conciencia totalmente de que le falta importancia y es superflua la existencia, de que el mundo y la vida están por encima de la capacidad de razonar, entender y comprender. Al hombre no le interesa saber las verdades del mundo, mientras no encuentra su propia verdad, aquello que desea comprender de sí, sus muchas contradicciones y el acontecer que le ocupa, en otras palabras, comprender el carácter vital y decisivo de sí mismo.

La confrontación del hombre con su propia oscuridad y los límites de la razón despiertan en él una emoción llamada lo absurdo. Sin embargo, el autor distingue entre el sentir primario de lo absurdo y la noción del absurdo como un estado de conciencia en el que se analiza y reflexiona sobre esta emoción. En este sentido, la noción del absurdo se fundamenta en el sentimiento primario de lo absurdo. Según Maldonado (2008), Camus no exige consistencia a aquellos que solo experimentan el sentimiento de lo absurdo, pero sí la exige a aquellos que reflexionan y tematizan esta emoción (p. 22).

Pero quien se ha encaminado hacia lo espeso de *la noción de lo absurdo* ¿Qué puede hacer? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Le espera necesariamente el suicidio como opción única de su situación desesperante? Lo primero que pone de manifiesto el autor es que “un hombre que adquiere conciencia de lo absurdo queda ligado a ello para siempre. Un hombre sin esperanza y consiente de no tenerla no pertenece ya al porvenir” (Camus, 1985, p. 18) De tal modo que lo que queda entonces es llevar hasta sus últimas consecuencias este nuevo sentir que se interioriza en el hombre absurdo pero que al mismo tiempo lo desgarnece y lo aplasta.

En el universo de cada hombre “lo irracional, la nostalgia humana y lo absurdo [...] son los tres personajes del drama que debe terminar necesariamente con toda lógica de que es capaz una existencia” (Camus, 1985, p. 17) y la búsqueda de respuestas a sus preguntas es lo que en últimas ha de definir su destino último: el suicidio biológico como salto escapatorio a la incomprensión de la vida y sus situaciones, la esperanza religiosa como refugio -a lo que el autor

llama suicidio filosófico- como un placebo a la conciencia o la rebelión. Esto porque para Camus (1985) “vivir bajo este cielo asfixiante exige que se salga de él o que se permanezca en él” (p.17).

Del suicidio biológico no hay mucho que decir, puesto quien se suicida se lleva consigo el drama interior del que nunca jamás se sabrá en su totalidad, si a mucho se tendrán algunas aproximaciones y una que otra nota que el suicidante deje a sus seres queridos, sin embargo, es poco o nada lo que se puede extraer de allí. Por otra parte, aparece el suicidio filosófico del que se interesa el filósofo francés, pues de este se puede hablar ampliamente, con severidad y precisión.

Para Camus, la búsqueda de consuelo ante la indiferencia del mundo y la ruptura de su encanto ha llevado a muchos pensadores a refugiarse en la fe, ante los límites de la razón han divinizado lo absurdo creando por sí mismos un aliciente que cargado de esperanza apague el sonoro silencio del absurdo. Lo insoportable de la existencia y lo incomprendido de la misma, también llevan al sujeto a saltar un abismo que concede esperanza, a la cual se le considera del mismo modo como suicidio. El pensador examina algunos argumentos específicos de existencialistas como Kierkegaard, y fenomenológicos como Husserl. Recurriendo a la alegoría de “el salto” para detallar el instante en que dos de los filósofos que cita, Husserl y Kierkegaard, dan lugar a algo perdurable y enigmático con el conocimiento humano, pero a la vez, en ese acto anulan el absurdo e intentan explicarlo.

Husserl y los exponentes de la fenomenología parten de la intencionalidad de la conciencia que se limita sola y exclusivamente a describir lo que la experiencia les ofrece, colocando al objeto en suspenso, negándose a explicar hace renacer el mundo en su donación al sujeto. Esto podría coincidir con el absurdo, sin embargo, cuando Husserl intenta describir la “esencia” en estos objetos concretos y les atribuye "esencias extra temporales", una esencia predilecta que se sostiene de la esencia de cada objeto individual otorgándole a la razón una

trascendencia superior a la que normalmente se le permite. Aunque la razón tiene límites, Husserl lo sorteó al afirmar que esta esencia otorga sentido a cada cosa y por cada una cosa que existe, es posible entonces un millar de esencias que hagan posible lo concreto y que expliquen a su modo el orden y la lógica del absurdo. A esto, Camus, se refiere como la metafísica del consuelo.

Por otra parte, aparece quien retrata el mejor de los casos en cuanto al suicidio filosófico: Soren Kierkegaard. El danés (2006) habiendo experimentado el desespero existencial y ante lo incomprendido realiza la negación de lo absurdo saltando directamente al remanso de fe que trae consigo esperanza. Su rebelión por rescatar el sentido existencial y la individualidad del hombre de las cadenas que le son impuestos por la sociedad como sentido mismo de la vida, decide vivir de acuerdo a las lógicas propias que surgen de su interior las cuales lo encaminan hacia lo eterno, pues lo irracional se explica desde allí.

La obra del padre del existencialismo *etapas en el camino de la vida* no es otra cosa que recorrer las esferas existenciales del hombre que desea vivir con un sentido, es por ello que va desde el hedonismo y la estética, hasta la ética y el matrimonio. Ambas partes llevan al autor a la desesperación, pues rápidamente se descubre el tedio.

El estadio estético, es cruel y vacía en tanto que languidece con cada goce que experimenta, la persona aunque aparente ser fuerte, es frágil y se aburre con gran facilidad de todo aquello que experimenta, por eso siempre está en búsqueda de un goce superior queriéndolo atrapar en el tiempo y permanecer allí, lo que es imposible y provoca en él un malestar y el sin sabor de la vida misma, pues estos, lo elevan a lo más alto de las nubes, pero que una vez alcanzado tal altitud, cae sin piedad sobre el duro suelo de la realidad. La búsqueda de nuevas sensaciones placenteras que como ya lo hemos dicho llevan al aburrimiento, el filósofo danés lo explica en su obra *O lo Uno o lo Otro I* en la cual muestra cómo el individuo que ha pasado

por los distintos goces de la vida no le teme a otra cosa más que a sentir tedio y aburrimiento:

La ociosidad como tal no es en modo alguno la madre de ningún vicio, al contrario, se trata de una vida ciertamente divina, si es que uno no se aburre. Sí, la ociosidad puede dar pie a que uno pierda su fortuna, etc.; pero la naturaleza noble no le teme nada de eso, sino aburrirse. (Kierkegaard, 2006, p. 296)

En la otra esfera, la ética y el compromiso prevalecen, quien se encuentra aquí, busca la moral como principio de su conducta y fin último de su actividad, poniéndose al servicio y en obediencia al deber. Se centra en la categoría de “elegir por sí mismo” y a su vez “elegirse a sí mismo”. Pero esta elección, no consiste como normalmente se determina en la moral común, es decir, escoger entre el bien y el mal, lo que se pretende es conseguir la adecuada actitud que se tiene para elegir, la seriedad y la conciencia de la elección la cual: “no se trata de elegir lo correcto sino de la energía, de la seriedad y del pathos con que se elige”. (Kierkegaard, 2007, p. 157)

Ahora bien, toda elección debe tener un “telos” hacia el cual dirigirse, pues lo que hay que elegir guarda la más profunda relación con aquel que elige, poniendo de manifiesto que en la vida estética no se tiene un horizonte, ni conciencia de qué es lo que se quiere para sí, pues el hombre en su afán de saciar sus deseos y vivir el goce precario, es indiferente y se pierde en lo múltiple y huye de toda situación que le generase compromiso; en el estadio ético el individuo ha adquirido cierta madurez, no con los años sino por crear una conciencia de su yo eligiendo y eligiéndose.

Sin embargo, lo que Camus rechaza en este no es la condición de vida que ambos casos pueda elegir, sino la alternativa que nace de la insatisfacción, la angustia y la desesperación que estos dos estadios dejan en el ser humano. Kierkegaard encuentra el absurdo en ambas esferas que remiten a lo terreno y lo niega para abandonarse

en la eternidad, en lo divino y desde allí saca exalta el sentido de toda existencia humana:

Si no existiera una conciencia eterna en el hombre, si como fundamento de todas las cosas se encontrase sólo una fuerza salvaje y desenfrenada que retorciéndose en oscuras pasiones generase todo, tanto lo grandioso como lo insignificante, si un abismo sin fondo, imposible de colmar, se ocultase detrás de todo, ¿qué otra cosa podría ser la existencia sino desesperación? (Kierkegaard, 1997, p. 11)

Kierkegaard exalta la vida de Abraham en su obra *Temor y temblor* con ello postula al caballero de la fe, siendo este el que ofrece a Dios el sacrificio máspreciado, aquel del que San Ignacio de Loyola habló, el cual consiste en sacrificar la razón ante lo incomprendido. Con esto el absurdo es negado y se abisma el hombre hacia la eternidad, tomando una actitud existencial que para Camus resulta ser la más patética, esta es la que procede de esencia religiosa.

Albert Camus (1985) a diferencia de Kierkegaard y Husserl, no pretende dar una explicación al absurdo, no quiere resolverlo, sino que su propósito es saber “si se puede vivir de él o si la lógica ordena que se muera de él” (p. 24) La conciencia de lo absurdo en el autor francés y su escepticismo por los excesos de la razón de Husserl, y la negación de Kierkegaard a través de la fe, se pone de manifiesto en su libro *el extranjero*; en esta novela el personaje protagónico Mersault se muestra indiferente a todo tipo de explicación, desde el fallecimiento de su madre a quien hacía mucho tiempo no veía hasta su propia condena a muerte producto de una serie de acontecimientos en los que la inocencia y el absurdo juegan un papel importante. Sin embargo, lo apreciable en el caso de Mersault no resultan ser las circunstancias bajo las cuales debe sobrevivir, sino su actitud existencial, la creación tenue y oscura del hombre vuelve a ser iluminada por el sol, pues este aprende a vivir su tragedia y su agresión contra el mundo lo cambia todo. Hay que imaginar a un Sísifo feliz.

Muerte y Rebelión Como Posibilidad Existencial

“No hay destino que no se venza con el desprecio”

- Albert Camus | El mito de Sísifo

Tensión Entre El Individuo y Su Entorno

La narrativa de la vida de Mersault realizada por Camus en su obra *El extranjero* pone de manifiesto la ruptura y el desencanto de un hombre marcado por una “mala racha” y la indiferencia de un mundo que lo acusa frente a una serie de acontecimientos aleatorios que se ordenan a su condena.

Mersault es condenado a muerte y aunque orgulloso e indiferente, la situación por la que pasa le hace pensar y buscar si es posible escapar de lo inevitable: “Me he reprochado ahora el no haber prestado suficiente atención a los relatos de ejecuciones. No se sabe nunca lo que puede ocurrir. [...] quizás en ellas habría encontrado relatos de evasiones”. (Camus, 2008, Pág.66). Es la evidencia de un hombre que no quiere morir, porque, aunque su conciencia se mantiene lucido, el cuerpo siempre retrocede ante el aniquilamiento. (Camus, 1985) De modo que si antes se había limitado simplemente a vivir ahora se ocupa de reflexionar. Pero, para hablar de su condena es imprescindible ahondar un poco sobre la actitud existencial del personaje antes de los acontecimientos que lo llevaron al tribunal.

El telón de la obra se abre con la noticia de la muerte de la madre de Meursault, a la cual él asiste sin mostrar ninguna emoción, marca el tono de indiferencia y apatía que prevalecerá a lo largo de la historia del protagonista. Después de ello, sigue su vida con total normalidad, de modo que continúa con su rutina diaria, trabajando en su empleo, yendo a la playa y socializando

con su vecino Raymond. Meursault se muestra distante y desapegado de las normas sociales y convenciones, lo que lo hace parecer un *extranjero* en su propio entorno.

Un día, Raymond, lo involucra en un conflicto con un árabe en la playa. Meursault, sin mostrar ningún tipo de emociones o motivaciones claras, termina disparándole y matándolo. Este acto violento e inexplicable marca un punto de inflexión en la vida de Meursault y desencadena una serie de eventos que lo llevan a enfrentar su propia existencia y la naturaleza absurda de la vida.

La vida de Meursault evidencia la experiencia existencial como padecimiento— definida por Heidegger (1987) como “aquello que nos sale al encuentro, nos toca, nos concierne, nos arrolla y nos transforma”. (p. 143). El acontecer de la muerte inesperada de su madre y el conflicto con el árabe, no sólo narran la experiencia como arrojamiento, sino también el modo en que interpela las actitudes humanas, de tal manera que, para Camus, no son solamente los acontecimientos los que determinan la existencia sino también la acción que se toma por parte del individuo ante dicho arrojamiento y encuentro. Aquí, aparece entonces la tensión que involucra al individuo y su entorno.

Después del asesinato, Meursault es arrestado y llevado a juicio. Durante el proceso legal, se muestra indiferente y desapegado, sin expresar remordimientos o arrepentimiento por su acción. Su actitud fría y apática desconcierta a la sociedad y a las autoridades, y lo convierte en un "extranjero" en su propio juicio, ya que no se ajusta a las expectativas culturales de cómo debería comportarse un acusado.

De esto hay que sacar una segunda evidencia: el divorcio del hombre absurdo que ha roto no solamente con el encanto del mundo sino también con su entorno social. En la tensión que

existe entre las aspiraciones humanas y la falta de respuestas del universo, hace meya la sociedad y la cultura como factor agravante en el que las expectativas sociales –en el caso de Mersault que no muestra actitudes no correspondientes de un condenado- las normas, los roles y las creencias compartidas, hacen que al individuo le resulte difícil encajar en el mundo.

A la pregunta que se hace Camus sobre si es posible vivir sin apelación, Mersault responde afirmativamente, situándose del lado de la indiferencia desde donde contempla la realidad como un material disperso de experiencias, como un flujo amorfo de presentes en la que solo cuenta lo concreto. (Maldonado, 2008) Con esto, el protagonista de la obra deja de manifiesto su inocencia -en términos de la filosofía del absurdo- puesto que vive su vida consciente de ser libre y responsable, pero que, a su vez, carece de prejuicios y acepta la realidad tal y como es, sin tratar de imponerle una interpretación o un significado. La inocencia, en este sentido, se opone a la falsedad y la hipocresía que a menudo se encuentran en la sociedad y en la forma en que las personas interactúan entre sí.

Para Camus lo importante es mantenerse lúcido hasta las últimas consecuencias, manteniendo una actitud obstinada en la indiferencia frente a la realidad. Dicha actitud le lleva al hombre a reconocerse como un ser paradójico, complejo y sin porvenir, más aún finito, un *ser-para-la-muerte* “pues al final de todo, a pesar de todo, está la muerte. Lo sabemos y sabemos también que lo termina todo”. (Camus, 1985, p. 45)

En Mersault dicha evidencia se mantiene clara a la conciencia, sabe muy bien que ha de morir prontamente por su condena, pero al mismo tiempo examina que si no es en ese momento ha de serlo en otro: dentro de unos treinta, cuarenta o sesenta años, pero al fin y al cabo ha de morir. De tal modo que su actitud es enfrentar dicha realidad con la energía suficiente pues sobre ella también existe una conquista. En este personaje figura toda humanidad, todos los hombres

que han pisado esta tierra han sido arrojados a la experiencia de un universo que se recorre como extranjeros expuestos a todo tipo de situaciones extralímite y al mismo tiempo son condenados a muerte inocentemente.

El Suicidio Como Referencia De La Existencia Absurda

Lo contrario del condenado a muerte es el suicida. De este último poco o nada se puede decir, puesto que para el filósofo francés como ya se ha mencionado, la sociedad poco puede conocer de los procesos existenciales que cada individuo lleva y al ser la existencia una experiencia intransferible en la que no se admiten representantes, la lucha se resuelve de manera subjetiva y se sella con el acontecimiento de la muerte de modo que resulta imposible diseccionar con precisión el universo privado en el que se sitúa dicha batalla.

Ahora bien, se tiene por sentado en la concepción común que quienes se suicidan creen que la vida no tiene sentido alguno, de tal manera que toman la decisión del salto en consecuencia de dicha reflexión. Sin embargo, para Camus, ocurre todo lo contrario: “quienes se suicidan suelen estar con frecuencia seguros del sentido de la vida”. (Camus, 1985, p. 7) puesto que como se expone los capítulos anteriores, las razones para vivir suelen ser al mismo tiempo razones para morir. En consecuencia, lo que se quiere saber entonces, es si el despertar de la conciencia absurda y su tensión con el entorno exige que se salte al precipicio de manera voluntaria.

En la obra *el mito de Sísifo*, se expone la idea que aprendemos a vivir por costumbre y que desear la muerte es reconocer lo absurdo e irrisorio de dicha costumbre y del padecimiento de la experiencia como sufrimiento innecesario. El suicidio es el reflejo del hombre que se abandona a sí mismo, conoce el límite de sus deseos, pero también conoce la frustración. Experimentando la

pérdida real objetual que el propio sujeto no puede tolerar ni soportar, sintiéndose rebasado, colmado de males a los cuales no es capaz de enfrentar, ni cuenta con la fuerza para ello y opta por poner fin a su vida. “Matarse en cierto sentido es confesar que ha sido sobre pasado por la vida o que no se le comprende”. (Camus, 1985, p. 6)

Frente a esto, el filósofo va más allá, pretendiendo revitalizar la existencia y al mismo tiempo despejar el oscuro panorama que se opaca con el sentimiento y la conciencia de lo absurdo. En este orden de ideas, la filosofía Camusiana no se ha de entender de manera pesimista, no se matricula con el nihilismo pues aunque aborda la idea del absurdo y la falta de sentido objetivo en el universo en su filosofía existencialista, no aboga por la negación radical de todos los valores, creencias y significados, que es una característica propia de dicha corriente de pensamiento; como propuesta argumenta que a pesar de la falta de sentido intrínseco en el mundo, el individuo tiene la capacidad de encontrar su propio sentido y valor en la revuelta consciente contra el absurdo, defendiendo una perspectiva ética y humanista, en la que el individuo busca la autenticidad y la libertad en medio de la contradicción existencial, en lugar de negar o destruir todos los valores y significados.

Así pues, con una actitud que se apoya en el estoicismo griego, lanza un grito de rebeldía cuya voz podría hacer eco en el tiempo actual, donde la intolerancia a la frustración, el repele al sufrimiento y la tensión entre el universo exterior e interior del hombre han normalizado actitudes suicidas más tecnificadas como la eutanasia, en la que se el saber -al modo foucaultiano- legitima dichas conductas. Mientras que por otra parte se ejerce el suicidio filosófico en que el cristianismo y otras espiritualidades tratan de romantizar y trascender el sufrimiento, tomándolo como elemento necesario para “purificaciones y salvaciones aún desconocidas” con el cual, se han elaborado teologías que nos hablan de esto, dotando de sentido lo que carece del mismo. De

lo que se trata es de vivir sin apelación, para Camus hay que aceptar el absurdo en su naturaleza misma, vivir con él y gracias a él.

El Hombre Rebelde: Sentimiento De Culpa, Pecado y Rebelión

Entre la búsqueda de justificaciones al sufrimiento que durante la historia se han tratado de elaborar, Camus se encuentra encerrado entre los muros de lo absurdo que rodean la existencia humana. El contexto histórico- social y cultural en el que vive el argelino lo induce a la reflexión de los acontecimientos más concretos. La vida que ha pasado de ser una costumbre inerte, a la lucidez de la conciencia devela el sentido más absurdo de las guerras de su tiempo -las dos guerras mundiales, el ascenso del nazismo, la dictadura estalinista, la instauración de los campos de concentración, etc- y al mismo tiempo el nocivo atractivo de los textos nihilistas que animaban el exterminio de todo aquello que tratase de mantener el orden. En este sentido afirma:

Todas las vidas mantenidas en el aire avaro de lo absurdo no podían sostenerse sin algún pensamiento profundo y constante que las anime con su fuerza [...] Se ha visto a hombres conscientes cumplir su tarea en medio de las guerras más estúpidas sin creerse en contradicción. Hay una felicidad metafísica en la defensa de la absurdidad del mundo.
(Camus, 1985, p. 47)

El absurdo entonces ha permeado no solamente la existencia humana en cuanto a su sentido mismo, sino también llega a las acciones humanas las cuales son motivadas por ideales que pretenden otorgar razones para vivir. Pero al igual que en la guerra, el hombre debe mantenerse fiel a la regla de combate, es decir, mantenerse lúcido frente a lo que se considera

como una evidencia clara y precisa, en el caso de Camus, se trata de mantener la lucidez frente a la evidencia del absurdo, y como en la lucha se trata de vivir o morir de ella.

Camus señala críticamente al nihilismo, por ser esta corriente de pensamiento un placebo para la condición humana que ha despertado la conciencia de lo absurdo, en su obra *el mito de Sísifo*, señala la vaciedad y banalidad de una vida individualista que se coloca por encima de todo, encontrando el sentido existencial en la saciedad de sus propias pasiones, sin importar las consecuencias o el sufrimiento que puedan causar a los demás. Es el caso de Don Juanismo, quien representa a un nihilista que niega cualquier valor o propósito, es decir, es consciente de lo absurdo, al mismo tiempo que recrea la idea de la alienación y la separación del individuo de la comunidad. Al perseguir constantemente sus propios intereses y deseos, Don Juan se aísla del resto de la sociedad y es incapaz de encontrar verdadera conexión y significado en sus relaciones con los demás. Esta actitud es considerada por el filósofo argelino como destructiva y vacía. El personaje pretende negar la vida y escapar del absurdo de esta, pero no puede evitar la muerte: “El fin último, esperado, pero nunca deseado, es despreciable” (Camus, 1985, p. 39)

Pero no solamente se encuentra Don Juan, también está el caso del comediante y el actor, quienes son conscientes de que deben morir, lo hacen no solamente en el plano real, sino que a su vez mueren con cada personaje al que dan vida. Allí encuentran la saciedad de su gloria, que se regocija en el reconocimiento: “Para él no ser conocido es no representar, y no representar es morir cien veces con todos los seres que habría animado o resucitado” (Camus, 1985, p. 40). Sin embargo, el actor se contradice por ser él mismo y de manera simultánea atrapar dentro de sí las diversas almas que se resumen en su ser. Es la muestra de quien quiere alcanzarlo todo y vivirlo todo, pero que se encuentra con lo irreparable y el destino último: la muerte, la cual ha de

enfrentarse con ojos taurinos apelando a la aceptación: “Llega un tiempo en que hay que morir en la escena y en el mundo” (Camus, 1985, p.43).

Pero ante la tragedia de la muerte, la banalidad de lo efímero y la certeza del sin sentido que trae consigo el absurdo ¿qué hacer? ¿hacia dónde encaminarse? Lo fundamental es mantenerse lúcido e indiferente, de allí brota y echa raíces la anarquía y la rebelión.

Vivir en la rebelión es mantenerse obstinado en el absurdo. ¿Pero contra qué ha de rebelarse el hombre absurdo? Si se rebela contra su naturaleza entonces ha de suicidarse, pero hemos dicho que el absurdo no implica necesariamente la muerte a mano propia. Lo contrario a ello es el papel del creador. Pero no visto desde el punto de vista nihilista que exige la elevación de hombre en consecuencia de la muerte de Dios, sino más bien una rebelión que impulsa y revitaliza la vida de un modo particular, libre y responsable.

Así pues, de lo primero hay que hacer consciencia cuando se habla en términos existencialistas es de la responsabilidad y la libertad del hombre, esto sobre todo cuando se trata de la existencia sin porvenir y carente de toda esperanza. En consecuencia, si el hombre es responsable de sí y al mismo es libre, se tiene ya no por juez, sino por creador. En esto consiste la trasmutación de valores en el pensamiento camusiano siguiendo la línea de Nietzsche. Sin embargo, en el deseo aparente del hombre de convertirse en un dios, Camus señala desde su obra *La caída*, que, una vez dado el desplome de los valores instituidos y legitimados, el deseo de poder ha de crear nuevos dioses que mutilen nuevas creaciones y se sienten en el lugar de los jueces. Así, el juez penitente configurado en el relato de Juan Baptiste Clemence, relata de entrada lo absurdo del oficio profesional que ejercía: “No podemos negar que, por el momento, los jueces son necesarios, ¿no es así? Con todo, yo no podía comprender que un hombre se designara a sí mismo para ejercer esta sorprendente función” (Camus, 1956, p. 12).

El despertar de su conciencia absurda se da a través de un autoexamen del que se considera un ciudadano ejemplar e intachable, del que nada se pudiese decir aparentemente, hasta que entonces presenció el acontecimiento de una joven que se arrojó desde un puente sobre las aguas del río y por la que nada hizo: “Lo comprendí todo de golpe el día en que me asaltó la sospecha de que tal vez yo no era tan admirable. Desde entonces me he hecho desconfiado. Puesto que sangraba un poco, ellos iban a devorarme” (Camus, 1956, p. 36). Lo absurdo que se narra en la obra, tiene que ver con discrepancias que se tienen dentro de la sociedad a nivel moral, no hay nadie justo y, sin embargo, sobreabundan los jueces. La caída de los valores, ponen de manifiesto la absurdidad de la existencia basada en el cumplimiento de normas o leyes, que hacen de la vida una carga pesada para el individuo y que al mismo tiempo lo condenan: “Para ser feliz no hay que ocuparse demasiado de los otros. Luego, no hay salida posible. Feliz y juzgado o bien absuelto y miserable” (Camus, 1956, p. 37).

En la obra camusiana, la pérdida de los valores colectivos resalta aquí la inocencia del hombre, pero al mismo tiempo, se cuestiona la idea misma de la inocencia en un mundo en el que la responsabilidad individual es una realidad ineludible. Clamence se da cuenta de que, aunque intentaba ser una buena persona, sus acciones tuvieron consecuencias negativas en otros y que, por lo tanto, es responsable de ellas. Sin embargo, no se trata de vivir en la culpa atrapada en el pasado y que priva de la acción, sino por el contrario, ser conscientes del presente, lo cual es una forma de aceptar la naturaleza absurda de la existencia: “La verdadera generosidad con el porvenir, consiste en darlo todo al presente”. (Camus, 2019, Pág. 419). De tal manera que La culpa es una forma de autoengaño. La verdadera responsabilidad radica en vivir auténticamente en un mundo absurdo, aquí y ahora.

En este sentido la culpa, es vista como una mixtura de lo interno y externo, como un yugo que se impone al individuo desde fuera y toma su lugar en lo interno, por no conseguir adaptarse a patrones comúnmente aceptados: “Tan pronto como adquirió conciencia de que en él había algo de juzgable, comprendió que en sus semejantes había una vocación irresistible para el juicio”. (Maldonado, 2008, p. 148). El relato de Jean Baptiste Clemence, toma su punto más álgido al traer a conversación la culpabilidad del mismo Cristo y las razones por las que lo condenaron, en ella deja de manifiesto que la culpabilidad es una cuestión compleja, en que la tiene que ver la responsabilidad colectiva y en la que muchas veces el individuo tiene poco control sobre las acciones.

Él sabía, sí, él mismo sabía que no era del todo inocente [...] Después de todo él estuvo en la escena; él debía haber oído hablar de cierta matanza de los inocentes. Si los niños de Judea fueron exterminados, mientras los padres de él lo llevaban a lugar seguro, ¿por qué habían muerto, sino a causa de él? Desde luego que él no lo había querido [...] Y esa tristeza que adivinamos en todos sus actos, ¿no era la melancolía incurable de quien escuchaba por las noches la voz de Raquel, que gemía por sus hijos y rechazaba todo consuelo? La queja se elevaba en la noche. Raquel llamaba a sus hijos muertos por causa de él, ¡y él estaba vivo! (Camus, 1956, p. 51).

La culpabilidad victimiza y cede el lugar a la inacción del hombre. Crea en el individuo una pasividad que lo lleva a la resignación de la condena, acompañado de la angustia y la nostalgia. Téngase en cuenta que además de ello, que son muchas personas quienes deciden quitarse la vida a causa de un sentimiento de culpa que los acompaña como una pesada pena difícil de cargar y esto sucede ya desde tiempos en los que muchos Judas Iscariotes no han soportado la pena y han decidido levanta la mano sobre sí mismos. A diferencia de Sísifo a quien

se le imagina feliz y dichoso o de Mersault quien buscaba la manera de escapar de su juicio y evitar lo inevitable.

En el caso del Cristo, situación abordada en *La Caída*, pesa en el descalabro de Jesús de haberse sentido abandonado por Dios en la angustia y condenado, esto le llevó a la pasividad de aceptar el destino absurdo que lo encamina por lo derroteros de la muerte y como “cordero manso llevado al matadero” aceptó su destino si rehacerse o luchar aunque sea un instante por mantenerse vivo.

Sabiendo lo que sabía, conociendo profundamente al hombre —¡ah, ¡quién hubiera creído que el crimen no consiste tanto en hacer morir como en no morir uno mismo! —, puesto día y noche frente a su crimen inocente, se le hacía demasiado difícil sostenerse y continuar. Era mejor terminar, no defenderse, morir, para no ser el único en vivir y para ir a otra parte, a otra parte en que tal vez lo sostendrían. Y no lo sostuvieron. Él se quejó por eso, y por añadidura lo censuraron (Camus, 1956, p. 52).

Ahora bien, Clemence es consciente de que en todos hay algo de juzgable y por lo tanto es necesario adelantar al juicio para no ser sentenciado, de lo que se trata aquí es de evitar toda culpa individual y repartirla cuanto sea posible en la colectividad, a fin de que quede diluida. Puesto que, para ser juez, habrá de ser primero penitente y así otorgarse el derecho para juzgar a los demás. Esta narrativa en *La Caída* pone de manifiesto la necesidad de asumir la responsabilidad de los actos y luchar contra la propia oscuridad, a fin de cuentas eso es la rebelión. Clemence reflexiona sobre su vida y su pasado, y se da cuenta de que ha vivido de manera egoísta e irresponsable, ignorando las necesidades y sufrimientos de los demás.

En lugar de negar o justificar sus acciones, asume la responsabilidad de su comportamiento y se ve a sí mismo como un ser humano imperfecto que debe trabajar para ser mejor y más justo. Su rebeldía consiste en rechazar la idea de que su destino está predeterminado y en lugar de ello, tomar decisiones conscientes para vivir de acuerdo con sus propios valores y creencias.

Pero habiendo resuelto el problema de la predestinación con la responsabilidad y la libertad, Camus responde a las situaciones que interpelan al hombre y de las cuales este no tiene control ni culpa alguna, es decir, se refiere a las situaciones extralímites de la existencia como la enfermedad, las afectaciones socioculturales o incluso económicas. Ha visto que en su época reina la injusticia y con ella se abandera el absurdo, en la que la mayoría de los individuos se sienten inocentes, pero al mismo tiempo víctimas de los acontecimientos y las circunstancias. ¿Le sería entonces lícito a alguien en estas condiciones evitar la rebelión y acabar con el absurdo a través de la muerte? No y sin embargo quien lo haga está en la plena libertad moral de hacerlo, pero la alternativa es otra.

En la obra *La peste*, Camus describe la lenta propagación de la peste por la ciudad y la forma en que los personajes reaccionan ante la situación. La enfermedad aísla a la ciudad del mundo exterior, y los habitantes se ven obligados a enfrentar la muerte y la desesperación, mientras luchan por sobrevivir. En medio de la tragedia, los personajes se ven obligados a cuestionar sus vidas y sus valores. Se despiertan sentimientos de solidaridad y compasión, mientras que otros son impulsados a la desesperación y la locura.

Sin embargo, la actitud lo determina todo y en la filosofía del absurdo hay que rebelarse contra todo aquel destino en el que sufrimiento siendo parte de la condición humana resulta inevitable. De tal manera que “hay que saltar al corazón de lo inaceptable que se nos ofrece,

justamente para que podamos hacer nuestra elección. El sufrimiento de los niños es nuestro pan amargo, pero sin ese pan nuestras almas perecerían de hambre espiritual” (Camus, 2012, p. 156). El heroísmo para Camus es la determinación con la que enfrenta aquello que supera su capacidad de comprensión lógica y racional. Es el sufrimiento en últimas lo que vitaliza de alguna manera la existencia porque le obliga al individuo ponerse en acción, reinventarse y a sacar lo mejor de sí para salvaguardar su vida.

Para Camus (2012) el acontecimiento de la peste permite por lo menos reconocer “que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio” (p. 215). Esto porque una vez pasada la calamidad, se ha abierto a la posibilidad de una relación más estrecha de Yo con el Otro, quien en su fragilidad grita y pide que se le salve. La peste ha sacado lo mejor del ser humano y sin embargo queda en él algo que purgar aun:

“el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa” (Camus, 2012, p. 215).

La vulnerabilidad humana crece junto a la rebeldía del mismo hombre, de tal manera que su actitud existencial resulta decisiva para no encaminarse por lo derroteros de la muerte. Se trata de mantenerse obstinado en permanecer.

El análisis ofrecido en las obras camusianas manifiesta la pasión del filósofo francés por la vida, se descubre en él una fascinación por la reconstrucción de una sociedad más justa y fraterna, que busca la virtud y el bien común soportando el sol de medio día y sin esperanzas de

una recompensa futura. Para el autor es imposible pensar una actitud honesta mientras el sentido se cuele por las grietas de un condicionamiento religioso; pues si el hombre ha de rebelarse, tendrá que defenderse con las propias uñas sacando de sí el mejor provecho que le anime a continuar existiendo. En lo que sigue, la rebelión como conquista y creación cierran la reflexión existencial que termina de ensanchar el panorama hasta ahora expuesto.

Camus tiene claro que vivir auténticamente es mantenerse el vilo de la cuchilla, mantenerse lúcido frente al porvenir sin esperanzas y el absurdo de la vida. Pero como ya se ha dicho, no se debe entender entonces como una pasividad, “el goce de lo absurdo es por excelencia la creación” (Camus, 1985, p.47). Y al mismo tiempo sostiene que tampoco se trata de una negativa frente a la realidad, de tal modo que “el hombre en rebeldía desafía más que niega” (Camus, 2019, p. 46). La realidad no se niega, no se explica, ni se resuelve, sino que se siente y se describe, comenzando por la indiferencia y pasando por la defensa de su naturaleza humana y de un destino virgen, desde el cual nada puede y sin embargo puede serlo todo, en esto consiste su conquista y el poder de la creación.

El hombre rebelde es para el filósofo argelino, aquel que presenta su denuncia y renuncia al mismo tiempo a su condición de esclavo que le fue impuesta. “Denuncia la contradicción. Protestando contra la condición en lo que tiene de incompleto, por la muerte, y de disperso por el mal, la rebeldía metafísica es la reivindicación motivada de una unidad feliz, contra el sufrimiento de vivir y de morir” (Camus, 2019, p. 44). En el deseo de unidad -camino que conduce al sentido- el hombre se encuentra con lo fragmentado, el mal y la muerte que generan una sensación de vaciedad y sin sabor. Lo metafísico tiene que ver con la condición existencial inherente de la que tiene que hacer resistencia guardando siempre la lucidez a través de la

contemplación y la acción, allí dice Camus, se comienza a hacerse un hombre, puesto que si “el mundo es quien lo tritura y yo soy quien lo libera” (Camus, 1985, p. 44).

Los hombres rebeldes son aquellos que nada esperan y sin embargo lo pueden todo, no hay destino y tampoco un dios que guíe. Si los hombres habían logrado conquistas geográficas al hombre contemporáneo le corresponde la conquista existencial, conquistar su propio destino, ajeno a cualquier dios que le prive de sus proyectos, que le genere una culpa o una responsabilidad más allá de la que tiene para consigo mismo y para con la humanidad entera. El miedo por los dioses que juzgó nocivo para alcanzar la felicidad Epicuro en su *Carta a Meneceo*, es retomada por el hombre en rebelión a fin de encontrar por sí mismo su propio camino rompiendo con el grillete del esclavo que vive para otro. “Un dios sin recompensa ni castigo, un dios sordo es la única imaginación de los hombres en rebeldía” (Camus, 2019, p. 52). Y aunque el cristianismo ha alentado el sufrimiento humano, el problema del mal y la muerte en la figura del mismo Cristo, este no se puede entenderse sino como el dios meramente hombre que trató en gran medida de resolver el absurdo existencial asumiendo estas realidades que no le fueron ajenas, las cuales padeció con paciencia. Encontramos entonces en la noche del Gólgota aun dios que ha abandonado su condición y sus privilegios y se ha sumido en la angustia de muerte y en la desesperación, propios de la carne humana, los ha enfrentado, pero sin embargo es desgarrado y muerto colocando en todo su esplendor la condena humana de la que ningún hombre puede eludir. De tal modo “para que un dios sea un hombre es preciso que se desespere” (Camus, 2019, p. 56).

Jesús es representante de una humanidad inocente, cuyo destino es el dolor, pero “si todo, sin excepción, desde el cielo hasta la tierra, está entregado al dolor, una extraña felicidad es entonces posible” (Camus, 2019, p.58). De ser así, la carencia de esperanza no es

desesperación y el hombre no reflexiona sobre lo que no tiene, sino contempla y actúa sobre su propia tierra y la hace enardecer a fin de que su fuego valga tanto como el incienso del cielo.

Conclusiones

El argumento primigenio de Camus radica en refutar una clase determinada de proceder suicida, a saber: la de quien se quita la vida porque halla que este acto es la única salida oportuna ante la asimilación del sin-sentido de la vida. En pocas palabras, Camus sustenta que aquí hay un error de raciocinio. Él asevera que el suicidio no es la solución lógica al sin-sentido, pues, por un lado, es verdad que la vida no tiene sentido y que toda la certeza humanamente accesible apoya este desenlace. Pero de ahí, no se sigue que la vida no valga la pena. Al contrario, Camus sostiene que es justo porque la vida no tiene sentido que vale la pena vivirla, es decir, el proyecta una repotencialización de la vida misma, como acción contraria a la opción común y “facilista” de terminar con la existencia. Esto se relaciona con la idea de libertad que está en la base de toda la reflexión Camusiana. Si la vida poseyera sentido; por ejemplo, si el mito cristiano fuera auténtico y entonces no fuéramos más que los actores de un drama celestial fraguado por una deidad todopoderosa, no seríamos ni autónomos ni garantes. Pero Camus piensa que es justamente porque somos libres y, por tanto, responsables de nuestras decisiones y acciones, que la vida escasea de sentido y, por eso mismo, que vale la pena vivirla.

La seguridad de la muerte es el fenómeno por excelencia; supone un golpe de conciencia durísimo porque resulta incuestionable en el plano del sentir. El individuo absurdo debe superar esta fuerte emoción para poder hacerse fuerte en la vida absurda, sin caer en esperanzas superficiales de otras vidas posibles en un más allá o rendirse a nociones *a priori* que todo lo explican de principio a fin. Es a partir del *shock* que supone la muerte, que se produce en el individuo una apatía plena respecto al valor de las experiencias y de las predilecciones por cualquier posición moral.

El argelino desarrolla junto con el sentimiento de lo absurdo, la necesidad de conservar la consciencia a través de la rebelión, es decir, de ese incesante autocontrol sobre la propia consciencia que exige mantener la tensión individuo-mundo para evitar volver a caer en los engaños del sentido, en la idolatría hacia nuevos becerros de oro. Y es que lo absurdo, como esa trágica consciencia de nuestro imperioso desamparo no da pie para la elaboración de absolutamente nada: el aburrimiento como lo máximo que se puede predicar de un individuo respecto a su existencia sin sentido. Camus, bajo la cosmovisión absurda, intercede por el deseo y el azar como los únicos elementos que pueden guiarnos hacia alguna parte; elementos, por otra parte, demasiado triviales y anclados al momento. Con ello solo quiere afirmar que el ser humano necesita de unas razones que otorguen sentido a su vida y sacudan los resortes que activen todas sus potencias creadoras. Meursault constituye la más convincente ilustración de esa inhabilidad de reaccionar por propias convicciones; podríamos decir que poco le diferencia de una marioneta manejada por sus placeres si no tuviésemos en cuenta su clarividente despertar hacia la consciencia de lo absurdo.

Es así que la reflexión “a lo existencial” nos lleva hacia la comprensión profunda, en la medida de nuestra sensibilidad, de los elementos integrantes de lo que somos y podemos llegar a ser, así como de lo que podemos esperar de nuestro paso por la existencia y del mundo como tal.

Referencias Bibliográficas

- Améry, J. (1976). *Levantar la mano sobre uno mismo, discurso sobre la muerte voluntaria*. Epublibre.
- Anrubia, E. Gaona, C, (2015). *Sentido y suicidio* (2015).
<https://www.redalyc.org/pdf/310/31045571002.pdf>
- Arias, F. (2012). *El proyecto de investigación, introducción a la metodología científica*. Venezuela: Editorial Episteme
- Aristóteles. (2020). *Metafísica*. Editorial Gredos *Catecismo de la Iglesia Católica*. Editorial San Pablo.
- Camus, A. (1956). *La caída*. Alianza Editorial.
- Camus, A. (2012). *La peste*. Editorial Atenea Ltda. Colombia. Camus, A. (2008). *El Extranjero*. Editorial Atenea Ltda. Colombia. Camus, A. (2019). *El hombre rebelde*. Alianza Editorial.
- Camus, A. (1985). *El mito de Sísifo*. Editorial Alianza, Madrid.
http://www.correocpc.cl/sitio/doc/el_mito_de_sisifo.pdf
- Carrasco, D. (s.f.). etimologías. <http://etimologias.dechile.net/?suicidio>
- Cioran, E.M. (1998). *El inconveniente de haber nacido*. Editorial Taurus
- Cury, A, J. (2001). *Análisis de la inteligencia de Cristo el Maestro del Amor*. Editorial Paulinas.
- Descartes, R. (2007). *Discurso del método, meditaciones metafísicas*. Editorial Espasacalpe, S.A.
- Durkheim, E. (1928). *El suicidio, estudio de sociología*. Editorial Reus.
- Ferrater J. (1979). *Diccionario de Filosofía. Vol. I, II, III, IV*. Madrid: Editorial Alianza Editorial.
- Flecha, J,R. (2016) *Bioética, la fuente de la vida*. Editorial Sígueme.
- García-Haro, J., García-Pascual, H., González González, M., Barrio-Martínez, S., & García-Pascual, R. (2020). *Suicidio y trastorno mental: una crítica necesaria*. Papeles del Psicólogo, 41(1), 35-42. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2020.2758>

- Hernández Sampieri, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2010). *Metodología de la investigación*. McGraw. Hill Interamericana.
- Heidegger, M. (1987). *De camino al habla*. Editorial Odos.
- Juan Pablo II. (1984). *Salvifici doloris [Carta apostólica a los obispos, sacerdotes, familias religiosas y fieles de la Iglesia Católica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano]*. Vatican.va. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1984/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris.html
- Kierkegaard, S. (1997). *Temor y temblor*. Ediciones Altaya, S.A
- Kierkegaard, S. (2006). *O lo Uno o lo Otro I*. Editorial Trotta.
- Kierkegaard, S. (2007). *O lo Uno o lo Otro II*. Editorial Trotta.
- Luciano. (1995). *Diccionario Teológico Enciclopédico*. En PACOMIO, Verbo Divino,, Navarra.
- Maldonado, R. (2008). *Absurdo y Rebelión*. Una lectura de contemporaneidad en la obra de Albert Camus.
- Medicina Legal y Ciencias Forenses (2021). *Boletín estadístico mensual diciembre 2021, Centro de referencia nacional sobre violencia- CRNV*. Subdirección de servicios forenses. https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/628335/Boletin_Dic_2021.pdf
- Medicina Legal y Ciencias Forenses (2021). *Boletín estadístico mensual diciembre 2022, Centro de referencia nacional sobre violencia- CRNV*. Subdirección de servicios forenses. https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/742818/Boletin_Diciembre_2022.pdf
- Mimenza, O. C. (s.f.). *Psicología y mente*. <https://psicologiyamente.com/clinica/tipos-de-suicidio>.
- Mora, J. F. (1979). *Diccionario de Filosofía (Vol. IV)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ocampo, G.(2017) *¿Por qué el tema del suicidio importa a la filosofía?* Inciso, 19 (1):148-157. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6078731>

Polo, J. (2006). *Reflexiones del pensamiento existencial ante el suicidio*. Revista

Psicogente. <http://revistas.unisimon.edu.co/index.php/psicogente/article/view/2681>

Reale G., Antiseri, D. (2015). *Historia de la filosofía IV, De Nietzsche a la escuela de Frankfurt*.

Editorial San Pablo.

Saramago, J. (2019). *El evangelio según Jesucristo*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S

Sartre, J.-P. (1973). *El existencialismo es un humanismo*. (V. Prati de Fernández, Trad.).

Sur.

Unamuno, M. d. (1912). *Del sentimiento trágico de la vida*. España: Renacimiento.